Patricia Knoll



Jo Quillian podía oler una historia a un kilómetro de distancia y sabía que allí había algo a lo que hincar el diente. Además, si conseguía una exclusiva en el caso que estaba investigando el guapísimo Case Houston, podría hacerse un nombre como periodista. Pero Jo era una calamidad y Case supo enseguida que lo estaba siguiendo. Pero también era muy atractiva, y tenía razón: algo raro estaba pasando en Calamity Falls…



Patricia Knoll

Una auténtica calamidad

Deseo (Calamity Falls 01) - 38

ePub r1.0
LDS 19.03.16

Título original: *Calamity Jo*
Patricia Knoll, 2001
Traducción: Catalina Freire Hernández

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Prólogo

Arizona, 1879

—Estamos en un aprieto, ¿verdad, Battlehaven? —gimió Rudolph Shipper, golpeándose la cabeza contra el techo de la diligencia. Estaba seguro de haber oído un crujido, pero le daba igual. Desde que la diligencia había emprendido una loca carrera para huir del ataque de los apaches, estaba seguro_ de haberse roto un par de huesos.

—Un aprieto terrible, Shipper —confirmó Lord Albert Battlehaven, sujetándose el sombrero—. Estos aborígenes no parecen muy contentos de que hayamos invadido su hábitat.

—¿Qué? —dijo Shipper, golpeándose de nuevo contra el techo.

—Que quieren matarnos por invadir su territorio.

Cuando Shipper pudo mirar por la ventanilla de la diligencia, vio las decididas caras de los apaches. Sus ojos negros prometían la muerte y el hombre tragó saliva, deseando no haber salido de Minnesota. Los indios allí habían perdido el interés por separar a los blancos de sus cabelleras.

—Qué vamos a hacer?

—Creo que deberíamos animar al conductor para que exigiera a los equinos un esfuerzo máximo.

—Qué?

—Que le digas al conductor que corra como el demonio.

Shipper sacó la cabeza por la ventanilla, cuidando de que no se la ensartaran con una flecha. Cuando le gritó las instrucciones de Battlehaven, el conductor se volvió y lanzó sobre él una mirada asesina. El hombre que iba sentado a su lado en el pescante, armado con un rifle que no dejaba de disparar, le gritó que metiera la

cabeza y dejara de fastidiar.

—Me parece que están haciendo lo que pueden —murmuró Shipper.

—¿Crees que hemos cometido un error intentando cruzar territorio apache en este carruaje? —preguntó Battlehaven. Sabía que era inconcebible que él hubiera cometido un error, pero necesitaba reafirmar su buen criterio.

—No, creo que el error fue que parásemos en la reserva para preguntar cuál era el camino más rápido. Allí fue donde se fijó en ti la joven india.

—Era una chica tan guapa —suspiró Battleha ven, asomando la cabeza por la ventanilla. Por el momento, la diligencia llevaba una cierta ventaja sobre los perseguidores indios. Pero si se acercaban, estaba dispuesto a desmayarse. Era una lástima que no llevara rifle. Y una lástima que fuera tan mal tirador.

—Era la prometida del guerrero que encabeza la persecución —dijo Shipper, señalando al hombre que dirigía el ataque, armado con lanzas, flechas y un rifle de repetición.

—Un matrimonio concertado —dijo Battlehaven, haciendo un gesto de desdén, como si aquello no lo preocupara lo más mínimo.

Shipper lo miró, horrorizado, sujetándose como podía al asiento. Había pensado que conocer al lord inglés en Chicago era un golpe de suerte. Battlehaven era un paquete a quien su familia había dado dinero para quitárselo de encima. Con ese dinero pensaban intentar una aventura minera en Arizona y Shipper; un minero experto, sería la mano de obra. Pero hasta el momento no habían tenido más que problemas.

—Además, ¿cómo iba a saber yo que estaba prometida? —preguntó el inglés, encasquetándose el sombrero sobre los ojos. Si se disfrazaba, pensó, quizá el guerrero apache pensaría que era Shipper quien había intentado seducir a la doncella—. Ella no hablaba inglés y yo no hablo apache.

Shipper no dijo nada. Estaba demasiado ocupado rezando.

Para su eterna gratitud, el conductor consiguió alejarse cada vez más de los indios, que abandonaron la persecución. El jefe apache lanzó un grito de furia, blandiendo amenazadoramente su rifle.

Battlehaven suspiró, aliviado, prometiéndose a sí mismo que mantendría los pantalones abrochados. 0, al menos, cuando hubiera

cerca doncellas indias.

Shipper le juró al Altísimo que, a partir de entonces, sería el mejor de los hombres. Y después de mirar a Battlehaven, se juró asociarse solo con personas sensatas.

La diligencia siguió su camino hasta el polvoriento pueblo de Tucson, donde los dos tomaron un baño y un par de copas para calmar los nervios.

Aquella noche cenaron en la terraza del saloon, contando la historia una y otra vez a todo el que quería escuchar.

Shipper se daba cuenta de que cada vez exageraban más y la aventura se convertía en una hazaña en la que ellos eran los héroes y el conductor y el hombre del rifle los que acababan buscando refugio en el interior de la diligencia. La mentira debía turbar a Shipper, sobre todo después de su promesa al Altísimo, pero se sentía tan valiente que decidió no darle más vueltas.

Al día siguiente, decidieron que aquel podía ser un buen sitio para buscar oro y, después de comprar un mapa y un par de mulas, se dirigieron hacia el norte.

Tres días más tarde, paraban las mulas en la base de una montaña rocosa.

—¿Tú crees que este es el sitio? —preguntó Shipper, bajándose del animal con el trasero dolorido.

Lord Albert Battlehaven bajó de su mula con el gesto elegante de alguien que ha salido a dar un paseo dominical y consultó el mapa.

—«Puerta de las mulas». Yo creo que sí —murmuró, observando el arroyuelo que pasaba a sus pies. En ese momento le pareció ver algo brillando en el fondo y se acercó para mirarlo de cerca. Cuando metió la mano en el agua, la sacó llena de arena con puntitos dorados. Oro. Era oro—. Este es el sitio, amigo mío —exclamó, mostrándole la arena a su compañero—. Por fin hemos encontrado lo que veníamos buscando.

Shipper se acercó. Había buscado oro en California sin mucho éxito y estaba seguro de poder reconocer el precioso metal.

Battlehaven apartó las diminutas piedras doradas con una uña y las puso en la palma de su mano.

—¡Somos ricos! —exclamó Shipper.

Battlehaven asintió tranquilamente.

—Después de los horrores que hemos tenido que soportar,

vamos a ser ricos.

Shipper miró a su amigo con admiración.

—Ahora, tu familia en la vieja Inglaterra empezará a tomarte en consideración.

—Sin duda —murmuró Battlehaven. Aunque habían empezado a tomarlo en consideración mucho antes, sobre todo cuando perdió una apuesta y la pagó cabalgando desnudo por el parque. Eso y sus devaneos con actrices habían obligado a su familia a enviarlo a Estados Unidos.

—Sí, conocerte en Chicago fue un golpe de suerte para mí —sonrió Shipper, olvidando sus anteriores lamentos al respecto. En aquel momento se lo perdonaba todo. Iban a ser ricos—. Lo que tenemos que hacer es buscar el nacimiento del arroyo. Vamos.

Para angustia de Shipper aquel día no lo encontraron. Ni al día siguiente. De hecho, tardaron dos agotadoras semanas en encontrar lo que estaban buscando. Por fin, en la desembocadura del río San Pedro, encontraron un puñado de pepitas de oro y, después de trabajar horas y horas bajo el sol, estaban convencidos de haber encontrado una mina. Decidieron volver a Tucson al día siguiente para registrar la propiedad y se dieron un firme apretón de manos para sellar el acuerdo de compartirlo todo al cincuenta por ciento. Aquella noche, ninguno de los dos pegó ojo, vigilándose para evitar una posible traición.

A la mañana siguiente, se levantaron muy temprano y colocaron sus cosas sobre las mulas.

—No tendremos problemas para encontrar el sitio otra vez, ¿verdad, Shipper? —preguntó Battlehaven mientras su socio borraba cuidadosamente las huellas con una rama de eucalipto.

Shipper lo miró, condescendiente.

—Mira alrededor, Battlehaven. Esa pila de rocas nos llevará al oro. No te preocupes —dijo, doblando el mapa—. Pero hay que borrar bien las huellas. No queremos darle pistas a nadie. Si se nos escapa algo, vendrán a montones y querrán quedarse con nuestro oro, como le pasó al viejo John Sutter en California.

Battlehaven asintió.

—Me fiaré de tus superiores conocimientos, ya que no de tu intelecto.

Shipper sonrió, encantado de que el inglés supiera quién era el

más listo de los dos.

Cuando volvieron a Tucson, decidieron no hablar con nadie. No querían poner en peligro su recién encontrada fortuna.

A la mañana siguiente, después de registrar la propiedad, tomaron de nuevo el camino hacia el arroyo.

Pero cuando estaban a cien metros, las mulas empezaron a comportarse de forma extraña, reculando y levantando la cabeza, como asustadas.

—¿Qué…? —ni siquiera un experto jinete como Battlehaven podía sujetar a su animal.

Shipper procuró mantenerse sobre la silla, pero la mula lo lanzó sobre un cactus. Gritando de dolor, intentaba salir de aquel espinoso confinamiento cuando sintió que el suelo temblaba bajo sus pies.

—¡Terremoto! —gritó.

Shipper se dirigió tambaleante hacia su mula mientras Battlehaven intentaba sujetar a la suya tirando de las riendas.

El temblor duró unos segundos, pero fue suficiente como para cubrir el nacimiento del arroyo con toneladas de piedra. Donde había estado su fortuna se formaron unas cataratas que saltaban alegremente destruyendo sus sueños de riqueza.

Cuando la tierra dejó de temblar, Shipper miró la catarata y se puso a llorar como un niño.

—Esto es una calamidad —dijo Battlehaven innecesariamente.

—Sí —gimió Shipper—. Pensábamos haber encontrado nuestro destino, pero lo que hemos conseguido es una calamidad. Las cataratas de la calamidad.

Capítulo Uno

Jo Ella Quillan abrió la puerta del café y entró con las manos en la cabeza. Tras ella, explotó el tubo de escape de un coche y Jo hizo una mueca de dolor.

El aroma a café recién hecho y bollos de crema la hizo sentir una náusea. Normalmente, aquel olor la haría salivar, pero aquel día tenía el estómago hecho polvo.

Beber por la noche no le sentaba bien. De hecho, beber raramente le sentaba bien, por eso no solía hacerlo. Desgraciadamente, la noche anterior había vuelto a su casa muy deprimida.

El sitio estaba casi vacío y Jo se sentó, dejando caer la cara sobre la mesa de cristal. No quería ver a nadie y estaba segura de que, si alguien la veía en aquel estado, no querría volver a mirarla. Quizá Lainey la dejaría quedarse allí todo el día, pensó, abriendo un ojo para buscar a su amiga.

Lainey Pangburn, la propietaria del café, se dirigía hacia ella con una bandeja en la mano.

—Eres una amiga —murmuró Jo, intentando . tomar una taza de café.

—El café es para mí. Tú vas a beber agua hasta que expulses el alcohol que bebiste anoche —dijo Lainey—. ¿Cuánto bebiste?

—No lo sé —contestó Jo, tomando un sorbo de agua.

—Comprendo que estés deprimida. Que Steve te haya dejado es una canallada.

—No estoy…

—Sí lo estás —la interrumpió Lainey—. Es un cerdo. Te ha dejado porque su trabajo aquí ha terminado y tenía que volver a Tucson. Eres demasiado buena para Steve, Jo. No sé por qué estabas

enamorada de él.

—No lo estaba.

—Sí lo estabas. Y te ha roto el corazón.

—No me lo ha roto.

—Sí te…

—Lainey —la interrumpió Jo, casi saltando sobre la mesa para silenciar a su amiga. Pero tuvo que pararse un momento porque la cabeza le daba vueltas—. No me ha roto el corazón. Ni siquiera me ha hecho una herida. No estaba enamorada de Steve y no estoy triste porque me ha dejado.

—No me lo creo.

Jo decidió ignorarla.

—Pero debería haber encontrado un momento mejor para decírmelo y no esperar a cortar conmigo cuando el Copper Pot estaba lleno de gente.

Lainey la miró, escéptica.

—Si no tienes el corazón roto, ¿por qué te tomaste una botella de vino?

—Creo que solo tomé dos copas —corrigió Jo—. No puedo beber vino, me pongo fatal. Estaba enfadada porque he perdido cuatro meses con Steve Grover. ¿Qué clase de mujer sale cuatro meses con un hombre que, en realidad, no le gusta?

—Te gustaba —insistió Lainey—. De hecho, estabas enamorada de él.

Jo decidió volver a ignorar a su irritante amiga.

—Yo te diré qué clase mujer —dijo, moviendo el dedo frente a la cara de Lainey—. Una que necesita un cambio en su vida. Necesito un trabajo serio. Una vida nueva. Una casa nueva — añadió, tomando otro sorbo de agua—. Pero, ahora que lo pienso, quizá cambiar de vida no sea tan buena idea. Mira lo que pasó anoche cuando intenté convertirme en una alcohólica.

—Una botella de vino no te convierte en una alcohólica —dijo Lainey—. Eres una chica inteligente y una buena periodista. Es lógico que no te sientas satisfecha en Calamity Falls.

Jo se estiró la camisa.

—¿Y qué puedo hacer?

Lainey tomó un sorbo de café.

—Tú sabrás.

Jo se quedó pensativa.

—Me gusta Calamity Falls. Quiero mucho a mis tíos y me hizo ilusión echar una mano en el periódico cuando mi tío Don se puso enfermo. Pero ya está curado y puede volver a dirigir el periódico él solito.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Lo que digo es que me alegro de haber podido trabajar aquí, pero quiero hacer algo más importante, más serio. Este sitio no es suficientemente grande para mí —empezó a decir Jo—. Tengo el título de periodista, pero en Calamity Falls no pasa nada. He intentado escribir artículos y enviarlos a periódicos de Phoenix y Tucson, pero me los devuelven dándome las gracias amablemente.

—Qué clase de artículos?

—Uno sobre el peligro de las minas que permanecen abiertas a las afueras del pueblo. Otro sobre la crecida de las aguas del arroyo y el peligro que eso supone para Calamity Falls.

—Pues a mí me parecen temas interesantes.

—Eso pensaba yo —suspiró Jo—. Pero los editores solo quieren artículos sobre las excentricidades de la gente del pueblo.

Lainey sonrió.

—Ya se ha escrito sobre eso un montón de veces. Todos los periódicos y las televisiones del estado han pasado por aquí alguna vez.

—Lo sé. Suelen terminar en el periódico preguntando si tenemos algún loco nuevo.

—Dímelo a mí —suspiró Lainey.

Las dos mujeres se miraron. El flujo de excéntricos a Calamity Falls había empezado con el abuelo de Lainey, el doctor Julius Pangburn. Un profesor universitario retirado, Julius había llegado al pequeño pueblo diez años atrás y decidió que era un sitio perfecto para gente cuya forma de ver la vida no era la más corriente. Había hablado con todos sus amigos y colegas y, poco después, el pueblo se había llenado de gente con todo tipo de extrañas aficiones. Todos eran inofensivos, pero el alcalde había empezado a preocuparse por la reputación de Calamity Falls. Otro artículo sobre el asunto no le haría gracia a nadie.

—Tengo que encontrar algo nuevo, una buena historia para que algún editor se fije en mí —murmuró Jo, mirando alrededor. El café

solía estar lleno de gente, pero aquella mañana estaba medio vacío —. ¿Qué pasa hoy aquí?

—Nada. Es que has venido más tarde de lo normal. Estaba lleno hasta hace media hora. Y entonces llegó Charlotte y anunció que iba a dar una de sus charlas sobre halcones. Los turistas salieron pitando.

—Al menos, ha dejado de hacerlo en medio de la calle.

Lainey suspiró.

—Podría dar sus charlas en el ayuntamiento.

Las dos mujeres se quedaron en silencio, pensando en cómo podía Jo cambiar su vida. Jo Quillan conocía bien a su amiga e imaginaba que estaría pensando algo en la línea de un nuevo peinado o un nuevo vestuario. 0 un nuevo novio. Pero Jo había decidido la noche anterior, bajo los vapores del alcohol, que no necesitaba nada de eso. Steve no le había roto el corazón. No se lo había roto. Si se lo decía suficientes veces, acabaría por creerlo. Lo que le había dicho a Lainey era verdad. Necesitaba un artículo que llamara la atención. Las historias interesantes no abundaban en Calamity Falls y tenía que ocurrírsele algo original.

Por el rabillo del ojo, vio entrar a un hombre fornido de pelo blanco, vestido con una especie de pijama de flores y zapatillas de deporte.

—Hoy tu abuelo sale a correr tarde.

—Anoche tenía una cita —dijo Lainey.

—¿No me digas que fue con Martha a…? —empezó a decir Jo.

—A cenar al Copper Pot. Pero creo que llegó cuando Steve y tú ya os habíais marchado.

Jo lanzó un gemido. Le caían muy bien Julius y su amiga, Martha Smalley, pero los dos eran muy aficionados a los cotilleos. Si había alguien en el pueblo que no supiera que Steve la había dejado, se enteraría antes de comer.

—Qué asco de vida.

Lainey le dio un golpecito en la mano.

Jo, soy tu mejor amiga y puedo decírtelo. No te pega lloriquear.

Jo hizo una mueca y siguió pensando en la historia que le conseguiría la atención de algún periódico de Tucson.

Pero, ¿qué podía contar? En Calamity Falls no pasaba nada interesante. En fin, interesante y «normal». En ese momento, un

hombre entró en el café y ella lo miró sin prestarle demasiada atención. Pero un segundo después, su embotado cerebro registró lo que había visto y volvió la cabeza.

Aquel no era un turista normal. Con el pelo negro, los ojos oscuros y el mentón cuadrado, era un pedazo de hombre. Llevaba una camisa negra, vaqueros negros y botas del mismo color. El hombre se quedó parado en la puerta, mirando alrededor con sus ojazos negros.

Oscuro, peligroso y… divino, pensó Jo. Una lástima que la noche anterior hubiera jurado alejarse de los hombres para siempre.

Pero su corazón dio un pequeño vuelco y su mente, aún medio atontada por el alcohol, empezó a crear imágenes de espacios abiertos y luz de luna… en compañía de aquel atractivo forastero. Quizá había encontrado una nueva cura para la resaca.

Mientras la camarera lo atendía, Jo le daba vueltas a la cabeza. Había visto a aquel hombre en algún sitio. No en persona, sino en fotografía… Entonces recordó. Había visto su cara en el folleto de una compañía de seguros de Phoenix.

—¿Qué está haciendo Case Houston en Calamity Falls?

—¿Quién? —preguntó Lainey, mirando alrededor—. Ah, él. No sé qué está haciendo aquí. Llegó ayer. Parece un chico majo.

—Ah.

Jo no podía apartar sus ojos de él. ¿Lainey estaba ciega? No era un «chico majo». Era un pedazo de hombre.

Después de pedirle un café a la camarera, Case se volvió. Cuando miró ajo, ella creyó ver un brillo de interés en los ojos oscuros. Y esperaba que no hubiera sido su imaginación porque se le había acelerado el pulso.

—¿Lo conoces? —preguntó Lainey.

—Ojalá.

—¿Qué?

Jo se puso colorada. Era patético. La habían dejado el lunes por la noche y el martes por la mañana estaba comiéndose con los ojos a otro hombre.

—He oído hablar de él —dijo jo, después de aclararse la garganta—. Trabaja para el fiscal del estado. ¿Recuerdas el fraude de seguros que se descubrió hace un par de años en Phoenix, el de las identidades falsas?

—Vagamente —admitió Lainey—. Ya sabes que a mí esas noticias no me interesan.

—Pues fue un escándalo en su momento. Bueno, el caso es que Case Houston fue quien descubrió el fraude. Se infiltró en la organización y puso en peligro su vida. Me encantaría saber qué hace aquí —murmuró jo. Se alegraba de que su cerebro volviera a funcionar. Aquella mañana pensó que había quedado dañado para siempre.

—Estamos en octubre, la temporada de turistas. A lo mejor está aquí de vacaciones.

—Podría ser —admitió jo. En ese momento sintió un escalofrío en el brazo—. Lainey, el escalofrío.

Su amiga la miró, alarmada.

—Oh, no. Es la resaca…

—Te digo que es el escalofrío —insistió jo.

Lainey se dejó caer sobre el respaldo de la silla.

—No soporto ese escalofrío. Cada vez que te da, tenemos problemas.

—Estás exagerando.

—¿Exagerando? De eso nada. Tuviste el escalofrío antes de convencerme para que saliera con el amigo de Ralph Byrdsong. No sé cómo se me ocurrió salir con el amigo de un hombre que colecciona grilletes.

—Sal no era tan malo.

—¡Pero si se había escapado de la cárcel! El comisario lo detuvo cuando estábamos a punto de entrar en el cine.

Jo hizo una mueca.

—Quizá entonces no tuve el escalofrío. Quizá fue el aire acondicionado —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero tienes que mirar el lado bueno del asunto. Sal dijo que nunca te olvidaría.

—¡Sal creía que yo lo había delatado! Eso fue una amenaza, no una promesa de amor eterno —protestó Lainey—. A mí no me hables del escalofrío, que me pongo mala.

—Vale, admito que aquella vez fue un error, pero estoy segura de que ahora el escalofrío es una buena señal.

—Sí, a lo mejor esta vez serás tú la que tenga que escaparse de la cárcel —dijo Lainey, irónica—. ¿No has pensado que ese escalofrío puede ser una alergia?

—No seas boba. Además, siempre lo tengo antes de que ocurra algo emocionante en mi vida. Y tú estás de acuerdo en que necesito un cambio.

—Yo estaba pensando en algo como que te cortaras el pelo o que te hicieras la cera —protestó su amiga.

—Eso también puede ser. De hecho, puede que sea una idea —murmuro jo, mirando al extraño. En ese momento, Case Houston terminaba su café y se dirigía a la puerta. Jo se levantó como por un resorte—. Luego nos vemos. Tengo trabajo.

Una vez fuera, miró a ambos lados de la calle para comprobar por dónde se había ido el morenazo. Su pelo oscuro era fácil de distinguir entre el montón de viseras y sombreros texanos de los turistas que transitaban por la avenida Battlehaven. Jo intentó ir tras él, pero se vio detenida por la multitud que salía de escuchar la lectura de Charlotte.

—¿Quién hubiera dicho que los halcones son tan lujuriosos? —murmuraba una turista a su amiga, mientras se abanicaba con una servilleta.

—Asombroso —asintió la mujer—. Necesito un cigarrillo.

Jo escondió una sonrisa mientras se abría camino entre la gente. Estaba acercándose a Case Houston cuando Martha Smalley la detuvo. Además de ser la novia de Julius, Martha era escultora. Y como sus esculturas eran de hierro forjado, tenía los músculos de un levantador de pesos. Jo no habría podido librarse del abrazo ni con un par de alicates.

—Julius y yo nos hemos enterado de lo que pasó anoche —dijo la mujer, esperando quejo le diera detalles. Pero jo estaba demasiado ocupada siguiendo la trayectoria de una cabeza oscura al otro lado de la calle—. Ese Steve no te merecía.

—Gracias, Martha —murmuró Jo con los ojos en blanco. Si no la soltaba pronto, iba a necesitar respiración artificial.

—Si puedo hacer algo por ti solo tienes que decírmelo —insistió la mujer, soltándola por fin—. Mi grupo y yo podemos ir a «hablar» con Steve.

—No —dijo Jo, asustada. Martha y su grupo de amigas eran de armas tomar. En el pueblo se rumoreaba que hacían prácticas de vudú. Y la prueba, según los rumores, era la cantidad de enfermedades y accidentes que habían sufridos todos sus ex maridos

—. De verdad, estoy bien.

—Claro que sí, cariño. Pero no puedes dejar que un hombre como Steve se aproveche de ti. Si se enteran, todos los hombres de Calamity Falls harán lo mismo.

Jo hizo una mueca.

—Gracias, Martha.

La mujer se despidió con la mano y Jo se dio la vuelta, colorada como un tomate. Se había convertido en el rumor de la semana. ¿Por qué nadie creía que Steve no le había roto el corazón?

Pero se olvidó de Martha cuando volvió a ver a Case, parado frente al escaparate de una tienda. Parecía estar vigilando a alguien. Había muchos turistas dentro de la tienda, todos con visera o sombrero texano; hasta había uno con un sombrero del que sobresalía una pluma roja. Solo una persona que estuviera observando a Case se habría dado cuenta de que él estaba vigilando a alguien y Jo se alegró de ser esa persona.

Unos minutos después, él sacó un cuaderno del bolsillo y, en ese momento, Jo decidió acercarse.

—Buenos días, señor Houston —lo saludó—. Soy Jo Quillan del periódico de Calamity Falls. ¿Ha venido al pueblo para investigar algún caso?

Él se dio la vuelta y la miró de arriba abajo, sorprendido.

—No.

—¿De vacaciones? —sonrió Jo—. ¿Qué le parecería darme una entrevista para hablar sobre los casos más famosos en los que ha trabajado?

—Le diría que no —contestó él, dándose la vuelta.

Jo lo siguió, sin desanimarse. Nunca había tenido que rogar a nadie para que le diera una entrevista. En Calamity Falls, todo el mundo quería hablar.

—Los lectores del periódico local estarían encantados de conocer los detalles de su trabajo…

—No, señorita Quillan —la interrumpió Case—. Estoy aquí de vacaciones, no para dar entrevistas.

Un segundo después, desaparecía al final de la calle.

Capítulo Dos

—Debería pensarlo, señor Houston —insistió Jo—. A la gente le interesa su trabajo. Es muy de agradecer que descubriera el fraude de la empresa de seguros. Probablemente, los ciudadanos de Arizona nos hemos ahorrado un montón de dinero —añadió. Case lanzó sobre ella una mirada de irritación—. ¿Qué lo ha traído a Calamity Falls? ¿Va a quedarse aquí mucho tiempo?

—Le he dicho que no quiero entrevistas, señorita Quillan. Estoy aquí de vacaciones.

Jo iba a discutir, pero se lo pensó mejor. Si Case Houston se enfadaba, nunca conseguiría entrevistarlo.

—Como usted quiera. Espero que disfrute su estancia en Calamity Falls.

Tan rápido abandono hizo que Case frunciera el ceño, como si no confiara en ella. Jo sonrió, pero eso tampoco pareció convencerlo.

Case Houston aceleró la zancada. Su estatura, el paso recio y la anchura de sus hombros hacían que la gente se apartara a su paso, como el Mar Rojo se apartaba al paso de Moisés.

—Parece muy tenso —murmuró Jo—. Seguro que no está aquí de vacaciones.

Case hubiera deseado estar de vacaciones. Aunque nunca habría elegido Calamity Falls. La reputación excéntrica del pueblo era notoria en toda Arizona y a él no le gustaban las cosas raras.

Lo que a Case le gustaba era Phoenix. El asfalto ardiendo los días de julio, el humo de los coches, los rascacielos, los partidos de fútbol… Evitaba los lugares rústicos, rurales y encantadores, y

Calamity Falls era todo eso.

Case observó las montañas que parecían rasgar el cielo y el pequeño pueblo situado en sus laderas. Un pueblo minero de calles estrechas y árboles por todas partes. Él había crecido en un sitio parecido a aquel y no tenía ningún deseo de volver. Algunas personas habían nacido para vivir en una gran ciudad y Case era una de ellas.

Pero una llamada telefónica lo había convencido de que debía ir a Calamity Falls.

Case miró por encima de su hombro. Mala suerte que la reportera del periódico local lo hubiera reconocido. Cuando vio que Jo Quillan se daba la vuelta, la observó detenidamente.

Tenía el pelo de color chocolate con reflejos pelirrojos y era muy guapa, pensó. Su atención se deslizó más abajo entonces, hacia el culito envuelto en ajustados vaqueros.

Tenía un trasero como el de Marilyn Monroe. En zancos, pensó, admirando sus largas piernas.

Cuando ella se inclinó para tomar el juguete que un niño había dejado caer, Case tuvo que reconocer que aquel trasero era de primera calidad.

Pero no podía distraerse. Estaba en Calamity Falls por asuntos profesionales.

Había perdido al hombre al que estaba siguiendo y tenía que encontrarlo. Podría ir a su casa, pero eso no iba a darle ninguna pista sobre dónde había estado o con quién.

Y debía aparentar que estaba solo de visita o podría llamar la atención.

En ese momento, al otro lado de la calle, vio a un hombre que parecía estar hablando con una farola. Quizá en aquel pueblo no llamaría la atención. ¿Y si la excentricidad de los habitantes de Calamity Falls era contagiosa?, se preguntó.

Pero era demasiado tarde para pensar en eso. Llevaba veinticuatro horas allí y, si se lo habían contagiado, estaría incubando el virus.

Case miró alrededor y descubrió a un hombre con un sombrero del que salía una pluma roja. Eso era lo que estaba buscando.

Jo había llamado a un par de amigos de Phoenix para preguntar si sabían qué podía estar haciendo Case Houston en Calamity Falls, pero ninguno de ellos pudo darle una respuesta.

Llevaba media hora dándole vueltas al asunto mientras echaba clips en una taza… y después los recogía del suelo porque no tenía buena puntería.

Al otro lado de la oficina que compartía con su tío Don, el editor del periódico, él estaba escribiendo un artículo sobre el partido de fútbol entre el equipo de Calamity Falls y el de Morenci. Y Millie, su tía, estaba eligiendo las fotografías que irían con el artículo.

Sus tíos eran muy felices haciendo lo que hacían. Jo los quería mucho y les agradecía la oportunidad que le habían dado, pero aspiraba a algo más.

Como a Case Houston y el caso que estaba investigando. ¿Qué sería?

El teléfono sonó y Jo descolgó el auricular.

—Por favor, dime que el escalofrío ha desaparecido —dijo Lainey, sin preámbulos—. Llevo toda la mañana preocupada.

—Los expertos dicen que la mayoría de las cosas por las que nos preocupamos no suelen ocurrir.

—Ninguno de esos expertos te conoce a ti —suspiró su amiga—. ¿Has conseguido una entrevista con el tipo al que estabas persiguiendo?

—No lo estaba persiguiendo, solo quería hablar con él. Yno he conseguido la entrevista todavía, pero he hecho algunas averiguaciones. Número uno, Case solía trabajar como investigador para el fiscal del estado, pero ahora trabaja por su cuenta. Lo he visto vigilar a alguien en una tienda.

—¿Tú crees que está vigilando a alguien en Calamity Falls?

—Sí, pero no quiere hablar de ello. Creo que he hecho una tontería pidiéndole una entrevista.

—¿Jo Quillan ha hecho una tontería? —rio su amiga—. ¡Atención todo el mundo!

—Muy graciosa —dijo Jo. Aunque era cierto que había hecho algunas tonterías en su vida. Como salir con Steve. Tendría que ser más seria y profesional si quería conseguir que Case cooperase. En ese momento, Jo tuvo una idea—. Ya sé lo que tengo que hacer. Hablaremos más tarde, Lainey —dijo, antes de colgar.

Lo que tenía que hacer era ofrecerle su ayuda para investigar el caso a cambio de los derechos exclusivos para publicar el artículo.

¿Cómo podría Case Houston rechazar su ayuda? La ayuda de una periodista experimentada sería de mucho valor para él, ya que estaba trabajando solo.

Ignorando una vocecita que le decía que Case Houston «quería» trabajar solo, Jo tomó su bolso, se despidió de sus tíos y salió del periódico. Case debía estar alojado en el hotel del pueblo. Iría allí. y hablaría con él.

El hotel Copper Quest estaba en la calle Manzanita, una calle muy pequeña y alejada del periódico. Jo estaba sin aliento cuando llegó, pero decidida a salirse con la suya. Desgraciadamente, el propietario del hotel, Sharon Zonder, le dijo que Case no estaba en su habitación y que no lo esperaban hasta la noche.

Decepcionada, le pidió permiso para usar el cuarto de baño y Sharon la mandó al piso de arriba.

Cuando iba a bajar de nuevo, Jo miró las puertas de las habitaciones. Había seis, todas con el nombre de algún mineral propio de la zona: cobre, turquesa, malaquita, ágata, ónix y ojo de tigre. Pero no sabía cuál era la de Case.

Las puertas estaban abiertas. Todas, excepto la que se llamaba «ojo de tigre». ¿Sería esa?

Jo miró la puerta, debatiéndose entre la ética y su obligación como reportera. En realidad, no estaba cotilleando. Solo sentía curiosidad por saber qué clase de hombre era Case.

Solo iba a comprobar si la puerta estaba abierta. No pensaba registrar su maleta. Jo tomó el picaporte y lanzó un grito cuando alguien le puso la mano en el brazo.

—Señorita Quillan, otra vez usted —escuchó la voz ronca y masculina de Case Houston.

Jo empalideció. Por un momento pensó salir corriendo, pero decidió que no sería muy profesional. Además, por la fuerza con que él la sujetaba, solo conseguiría terminar con un brazo más largo que el otro.

—Señor Houston, esperaba que estuviera en su habitación — mintió Jo descaradamente.

Él levantó una ceja.

—Ya.

—No, en serio. Creo que antes me he precipitado y estaba pensando…

—¿Registrar mi habitación?

Ah, ¿esta es su habitación? —preguntó ella, parpadeando inocentemente—. Qué coincidencia.

—Sí, ¿verdad?

Su tono era más seco que el desierto que los rodeaba.

Case no dijo nada más, simplemente se quedó mirándola, esperando una explicación.

—Pues sí. Como le estaba diciendo, quería hablar con usted.

—No voy darle una entrevista. Estoy de vacaciones.

—Pues deben ser unas vacaciones muy raras —dijo jo entonces —. Hace un rato parecía estar vigilando a alguien.

—Soy un observador de la naturaleza humana —dijo él con tono burlón—. Estaba intentando imaginar qué cosas interesan a la gente en Calamity Falls.

—Ya —murmuró jo—. Yo creo que está trabajando en un caso, señor Houston, y he venido a ofrecerle mi ayuda a cambio de una entrevista exclusiva cuando termine la investigación.

Él la miró en silencio durante unos segundos que ajo le parecieron eternos.

—Si estuviera investigando algo, que no es el caso, no necesitaría su ayuda. Yo trabajo solo.

—Probablemente eso le funciona en Phoenix porque allí conoce a todo el mundo. Pero este es territorio apache, señor Houston. Ya sabe lo que son estos pueblos pequeños, no es lo que se conoce sino a quién se conoce.

Él no pareció tragárselo, pero la soltó.

—En este caso, da igual. Estoy aquí de vacaciones. ¿Por qué no me deja tranquilo, señorita Quillan?

Jo se frotó la muñeca. Si aquel tipo capturaba alguna vez a un delincuente, no necesitaría esposas. Pero no debía perder el tiempo pensando tonterías, tenía que concentrarse en lo que podría ser la historia que lanzaría su carrera.

—Entonces, ¿permite que lo invite a la mejor barbacoa de Calamity Falls? Es una forma de darle la bienvenida. May Ling Schultz hace unas costillas al carbón para chuparse los dedos.

—¿May Ling Schultz?

—Chino-alemana. De Dallas.

—Ya —murmuró él, pensativo. Decidiendo que lo mejor sería intentar seducirlo, jo se humedeció los labios y bajó las pestañas de forma seductora—. ¿Qué le pasa? ¿Tiene sueño?

—¡No!

—¿Le pasa algo en los ojos?

—No —suspiró jo, derrotada. Aquel tipo era de hielo—. Estaba pensando en la barbacoa.

—No, gracias, señorita Quillan…

—Jo, por favor —corrigió ella—. Si cambia de opinión, puede llamarme por teléfono. Está en la guía.

—Invita a todos los turistas a cenar? —preguntó él, sarcástico.

—No. Solo a los que quiero entrevistar. —Mire, lo siento, pero tengo una reunión… Los ojos dejo se iluminaron.

—¿Una reunión? ¿Por qué no voy con usted?

—Porque no quiero que venga —contestó Case—. Y porque es una reunión solo para hombres —añadió. Pero en seguida pareció arrepentirse de haber dicho aquello.

—¿Una reunión solo para hombres? —repitió Jo, cada vez más interesada—. ¿Dónde?

—En caso de que no lo haya notado, usted no es un hombre —dijo él, exasperado—. Es la mujer más cabezota que he conocido nunca.

—Los buenos periodistas son cabezotas.

Case sacó una llave del bolsillo.

—Vale, «doña buena periodista». ¿Sabe qué se necesita para ser un buen detective?

Jo sacó un cuaderno del bolso a toda prisa.

—No. ¿Qué?

—Mantener la boca cerrada —contestó él, abriendo la puerta de la habitación y dándole con ella en las narices.

Jo se dio la vuelta, derrotada. Quizá se había equivocado. Quizá su forma de comportarse frente a la tienda era normal para él, pero… entonces se paró en seco. El hombre del sombrero con la pluma roja. Solo había una persona que se atreviera a llevar un sombrero así en Calamity Falls, el doctor Harold Purdy. Jo no sabía si era médico de verdad, pero era otro de los inofensivos excéntricos que habitaban en Calamity Falls.

Jo nunca había hablado con él, pero decían que era un hombre fascinante. Y también sabía que, aquella noche, el doctor Purdy había organizado una reunión «solo para hombres» en el Pico de la serpiente. Una reunión en la que la presencia de las mujeres estaba prohibida.

Jo bajó la escalera con los ojos brillantes. A ella nadie le prohibía nada.

—Esto es una locura —estaba diciendo Lainey mientras le cosía el dobladillo de unos pantalones—. tYpara qué te pones estos pantalones tan feos?

—Había pensado ponerme vaqueros, pero…

—Son demasiado estrechos. Se darían cuenta de que eres una mujer —terminó Lainey la frase.

—Eso es.

—¿Y no sería más fácil pedirle al doctor Purdy que te permitiera asistir a la reunión? Después de todo, puede que sea una noticia interesante para el periódico.

—No he podido hablar con él personalmente. Ha salido un hombre de su casa y me ha dicho que no, que la reunión es privada.

—Y por eso vas a ir, claro.

—Ya sabes cuál es el lema del buen periodista…

—¿«No uses nunca la cabeza»?

—No, tonta. «Los misterios existen para ser resueltos».

—Pondremos eso en tu tumba —murmuró Lainey.

—Siento curiosidad. ¿Por qué no me han permitido hablar con el doctor Purdy?

—Probablemente estaría reclutando hombres para la reunión.

—Había pensado hablar con Starina Simms para preguntarle si ha visto algo sospechoso, pero tampoco estaba en su casa.

—Starina Simms no vería nada sospechoso aunque ocurriera delante de sus narices. Está demasiado ocupada construyendo la máquina del movimiento perpetuo —se encogió Lainey de hombros.

—No sé cuándo va a terminarla —sonrió Jo. Starina llevaba trabajando en aquella máquina desde que abandonó su trabajo como ingeniero en una compañía aeronáutica y se mudó a Calamity Falls.

Por fin, Lainey terminó el trabajo y se levantó para comprobar el resultado.

—Solo está sobrehilado, así que no corras o te pisarás el dobladillo. En serio, yo creo que eso de ir a la reunión…

—No te preocupes —la interrumpió Jo, mirándose al espejo. Pantalones de hombre, una camisa ancha y una chaqueta que cubría sus curvas. Estaba perfecta, parecía un chico. Un chico raro, pero un chico. Jo se levantó la trenza y la escondió dentro de un gorro de lana—. Creo que pasaré desapercibida. Parece que todos los asistentes a las reuniones del doctor Purdy suelen ser hombres que han perdido su trabajo o que tienen problemas de algún tipo.

Lainey sacudió la cabeza.

—Problemas? Yo diría que un «hombre» como tú tiene más que problemas.

—Justo lo que quería. ¿Qué hago con mi cara?

—¿Qué tal una barba falsa?

—Se me puéde caer. Además, ¿de dónde voy a sacar una barba falsa a estas horas?

—He leído en alguna parte que en Hollywood los maquilladores usan granos de café pegados con pegamento.

Jo soltó una carcajada.

—¡Anda ya! Menudo olor.

—Entonces, habrá que recurrir al lápiz negro —dijo Lainey, sacando su bolsa de cosméticos. Después de hacer unas rayas negras en la barbilla de Jo, extendió el color con los dedos—. ¿Quieres patillas?

—Ah, muy bien.

Jo estaba segura de que aquella era una idea fantástica. Se mezclaría con los hombres en la reunión y nadie se daría cuenta de que era una mujer.

—Esto no va a funcionar —murmuró para sí misma cuando llegó al Pico de la serpiente y vio que allí solo había diez hombres alrededor de una hoguera. Jo había esperado perderse entre una multitud, pero eran muchos menos de los que había imaginado.

El profesor Purdy estaba saludando a todo el mundo y Jo, que no lo conocía personalmente, pensó que era un hombre muy guapo.

Debía tener poco más de cuarenta años y parecía muy seguro de sí mismo.

Jo se acercó, mirando al suelo. Se sentaría cerca de Case para descubrir por qué estaba investigando a Purdy. Era arriesgado, pero Jo se consoló a sí misma pensando que el buen periodista debía arriesgarse.

Tenía el corazón en la garganta, pero diciéndose que peor lo habrían pasado los del caso Watergate, siguió adelante.

Case miró a los hombres que se habían reunido alrededor de la hoguera, preguntándose si se sentían tan tontos como él. La mayoría de ellos eran mayores, pero había un par de chicos de unos veinte años que debían haber acudido a la reunión por curiosidad.

La palabra «curiosidad» lo hizo pensar en Jo Quillan. Una chica muy testaruda. Ymuy guapa.

Case se fijó entonces en un jovencito que acababa de llegar y que caminaba de forma muy rara.

El chico saludó a todo el mundo con la cabeza y después escondió las manos en los bolsillos de la chaqueta. Se sentía incómodo, pensó. De hecho, parecía aterrorizado.

Case decidió ir a hablar con él. Si se desmayaba del susto, quedaría en ridículo delante de todos los demás.

—El mundo moderno ha roto al hombre en fragmentos —empezó a decir Harold Purdy en ese momento—. Ha intentado hacer que la masculinidad parezca algo feo y sucio. Eso no es culpa de las mujeres, es culpa nuestra porque hemos dejado que ocurra. «El camino del hombre auténtico», propósito de esta reunión, busca reconocer esas partes que han sido fragmentadas.

El doctor Purdy siguió hablando, pero Case estaba ocupado observando al tímido joven que se había unido al grupo. Aunque parecía atento al discurso, no dejaba de mirar a izquierda y derecha, como si buscase a alguien.

—No te preocupes, chaval. No pasa nada —le susurró Case. ¡Case! Jo se volvió de repente, emitiendo un sonido demasiado femenino, que intentó convertir en una tos seca—. ¿Te encuentras bien?

Jo escondió la cara en el cuello de la chaqueta.

—Sí… estoy bien. Gracias amigo —murmuró.

—Si quieres marcharte, puedes hacerlo. Nadie va a impedírtelo.

Jo levantó un poco la cara, como una tortuga saliendo de su concha.

—Voy a quedarme hasta el final.

—Tú mismo, pero yo creo que deberías pensártelo —sonrió Case. Jo lanzó una especie de gruñido. Pues sí que empezaba bien su trabajo de incógnito—. He estado en reuniones parecidas a esta. Ahora viene lo mejor.

Ah —murmuró Jo. De nuevo le había salido un sonido demasiado femenino—. Oh. ¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó, intentando sacar voz de barítono.

Purdy estaba hablando sobre la necesidad de los hombres de recuperar su papel en la sociedad.

—Como te he dicho, las reuniones son inofensivas, pero ahora viene la parte en la que tenemos que entrar en contacto con nuestro «hombre interior» —dijo Case—. Nos tomamos de la mano y damos vueltas a la hoguera.

Jo lo miró de reojo, incrédula. Case no parecía el tipo de hombre que da la mano a otros hombres. Pero, en realidad, ella no lo conocía. ¿Estaba investigando a Purdy o sería uno de sus acólitos?

—Oh —murmuró. Ella también tendría que dar la mano a los demás. Pero si alguien notaba que sus manos eran mucho más suaves de lo normal, estaría perdida.

Purdy seguía hablando mientras el viento hacía saltar chispas de la hoguera.

—No podremos empezar con la segunda parte hasta que amaine un poco el viento.

—¿Y en qué consiste la segunda parte? —preguntó Jo.

—Hay que caminar sobre las brasas.

—¿Qué? —exclamó Jo. Había olvidado utilizar su voz de barítono.

—No te preocupes. El doctor Purdy hará primero una demostración de cómo entrar en trance para que no sintamos dolor. Es asombroso. Pero lo más asombroso es cómo hay que hacerlo.

Jo tragó saliva.

—¿Y cómo hay que hacerlo?

—Desnudos.

Jo se quedó paralizada.

—¿Desnudos? —repitió, casi sin voz.

—Ya sabes cómo somos los hombres. Lo de la testosterona y todo eso. Purdy dice que caminar desnudos sobre la hoguera es la forma más auténtica de hacerlo.

—tY si alguien no está interesado en ser auténtico? —preguntó Jo, horrorizada.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Pues no lo sé.

Case le dio un golpecito en la espalda que casi la hizo caer de rodillas.

—No te preocupes, chaval. Yo estaré a tu lado para echarte una mano.

Jo no necesitaba que Case le echase una mano. Lo que debía hacer era salir corriendo.

—Me parece que el mensaje del doctor Purdy no es para mí. Me marcho.

—No puedes hacer eso —sonrió Case, tomándola por los hombros—. Puede que esta sea tu única ocasión. de entrar en contacto con el hombre que llevas dentro.

—No necesito entrar en contacto con él…

En ese momento, los hombres se levantaron y empezaron a tomarse de la mano.

—Tonterías. No serás un hombre de verdad hasta que hayas pasado por esta experiencia.

—Pero es que yo no quiero ser un hombre de verdad —insistió ella. Antes de que Case pudiera protestar, Jo se dio la vuelta y desapareció amparada por la oscuridad.

Capítulo Tres

¡La había reconocido! Jo corrió pendiente abajo intentando no tropezarse con el dobladillo, pero estuvo a punto de dar con sus huesos en el suelo. El esfuerzo de la carrera rompió el cinturón y se le cayeron los pantalones. Jo se los sujetó sin dejar de correr. Tras ella, podía escuchar las carcajadas de Case.

Cuando se volvió para mirarlo, él la saludó con la mano. La había descubierto y lo estaba pasando bomba. Seguramente había sabido que era ella desde el principio.

Furiosa y avergonzada, su primer pensamiento fue volver a casa. No podía hacer nada con aquellos pantalones que amenazaban con dirigirse al sur a cada paso. Pero cuanto más lo pensaba, más furiosa se ponía. Case le había contado todas aquellas mentiras solo para librarse de ella.

Cuando llegó a un grupo de arbustos, se volvió para mirar hacia el pico. Sería una pena perderse lo que estaban haciendo. Además, después de haber hecho el ridículo, podía quedarse un rato a observar.

Case la había distraído y no había podido fijarse en los hombres de Calamity Falls que estaban alrededor de la hoguera. Sabía que las tonterías de Purdy atraían a muchos turistas, pero Jo descubrió entonces que también había gente del pueblo, incluido el abuelo de Lainey, Julius, que parecía fascinado.

Y también estaba Stavros Pappas, que tenía un restaurante griego y era un astrólogo aficionado. No cocinaba ciertos platos a menos que las estrellas fueran beneficiosas y el menú era siempre una sorpresa. ¿Por qué tenía Stavros interés en descubrir al hombre que llevaba dentro?

A su lado, estaba Cedric Warrender, un arquitecto retirado que

solía recortar los arbustos de su jardín dándoles la forma de los personajes de Alicia en el país de las maravillas.

El resto eran vecinos de Calamity Falls a los quejo no conocía bien, pero era raro que escucharan a Purdy con tanta veneración. La mayoría de los excéntricos del pueblo eran muy individualistas, gente que no solía mezclarse con los demás.

Algo en Purdy debía resultarles muy atractivo. Quizá el timbre de su voz. Mientra escuchaba sus palabras, sentía como si ella misma empezara a entrar en trance y tuvo que parpadear varias veces.

Jo se puso de puntillas entre los arbustos para mirar a Case. Estaba de pie con el resto de los hombres, con la cabeza inclinada en actitud de profunda concentración.

No podía imaginarse a Case Houston entrando en contacto con sus sentimientos profundos, si tenía alguno además de su irritación hacia ella. Jo tuvo que aguantar la risa cuando lo vio dando vueltas a la hoguera cantando algo así como: «El poder de los hombres construyó el mundo. El poder de los hombres preservará el mundo».

—tY las mujeres no han hecho nada? —murmuró, sin poder aguantar la risa.

Por fin, pensando que no iba a ver nada interesante, jo intentó salir de entre los arbustos, pero las ramas se le engancharon en la ropa.

Cuando consiguió desembarazarse, Purdy estaba subido a una piedra con las manos levantadas.

—¡Siento el poder! —exclamó, su magnífica voz reverberando en el silencio de la noche.

—Sí, señor —repitieron algunos de los hombres solemnemente.

—¡Esta noche hay poder en el aire! Puedo sentirlo. Puedo olerlo.

—A lo mejor lo ha abandonado el desodorante —murmuró una voz al lado dejo.

Sobresaltada, se dio la vuelta, pero se le cayeron los pantalones y, cuando se inclinó para sujetárselos, le dio un codazo a Case Houston en el estómago.

—¡Ay! Oye, ten cuidado —se quejó él, tuteándola.

—No deberías asustar así a la gente, Houston —protestó Jo, subiéndose los pantalones.

—Y tú no deberías esconderte entre los arbustos para vigilar a la

gente —respondió él, divertido—. Aunque con ese disfraz, entiendo que no quieras ser reconocida.

—Solo estoy haciendo mi trabajo.

—Me estabas siguiendo.

No tenía sentido negarlo y jo decidió cambiar de tema.

—¿No vas a quedarte hasta el final de la reunión? ¿0 ya te has puesto en contacto con tus sentimientos profundos? —preguntó, irónica.

Case se inclinó hacia ella.

—Mis sentimientos profundos y yo estamos muy bien, gracias —susurró. El olor de la colonia masculina y su proximidad le resultaron intrigantes, excitantes incluso. Jo lo miró de soslayo. No sabía nada sobre sus sentimientos profundos, pero el envoltorio de Case Houston no estaba nada mal—. ¿Cuándo vas a dejar de incordiarme?

—Podría ayudarte si me dejaras.

—El día que necesite ayuda de Charlot será el día que cuelgue mi placa de investigador —replicó él, mirándola de arriba abajo.

¿No se daba cuenta de que, diciendo eso, estaba confirmado que había ido a Calamity Falls para investigar un caso?

—¿Estás investigando al doctor Purdy?

Case la miró con el ceño fruncido, como si le pareciera demasiado lista.

Purdy volvió a hablar en ese momento:

—Nuestro hombre interior nos pide que volvamos a controlar el mundo y, con ese fin, quiero invitaros a todos a una charla sobre el fascinante tema de la cosmogonía. En ella encontraréis todo lo que estáis buscando —decía, como un iluminado—. La cosmogonía es la historia del pasado y el futuro de la tierra. Una ciencia nueva que nos dice cuál es el sitio de cada individuo en el universo.

—¿Cosmogonía? —repitió Jo.

—¡Calla! —susurró Case, tomándola por el brazo—. Quiero oír lo que dice.

—¿Y por qué no te has quedado con ellos?

—Porque tenía que venir a ver qué andabas haciendo.

—Pues tú te lo has perdido.

Purdy estaba diciendo en ese momento que la charla tendría lugar en su casa durante el fin de semana y Jo se prometió a sí

misma que acudiría.

—No vas a ir a esa charla —dijo Case, como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿Perdona? —replicó ella, airada—. Que yo sepa, este es un país libre y puedo ir donde me plazca. Además, puede que sea de interés para los lectores del periódico.

—Tú estás interesada porque crees que lo estoy YO —

—¿Yno lo estás?

—Si no dejas de seguirme, haré que te detengan —replicó Case, tirando de ella para llevarla hacia la carretera.

—Seguro que eres capaz —replicó Jo, irónica. Hubiera querido apartarse de un tirón, pero tenía que sujetarse los pantalones con una mano. Su única defensa era clavarle el codo en las costillas, pero Case la sujetó por los dos brazos y la obligó a caminar delante de él.

—No lo dudes.

—¿Y hacer que encarcelen a una reportera del periódico local no atraerá demasiada atención sobre ti?

Cuando llegaron a la carretera, Case la obligó a mirarlo.

—Apártate de mi camino, Jo —dijo, mirándola a los ojos—. Deja de seguirme o haré lo que tenga que hacer.

—Entonces, es verdad que estás investigando a Purdy.

La mirada que el hombre lanzó sobre ella hubiera podido quemar sus bigotes, si hubieran sido reales.

—Buenas noches. Aléjate de mí, Jo Quillan.

«0 lo lamentarás».

No lo dijo, pero daba igual. La amenaza quedó en el aire. Jo estaba un poco asustada, pero no pensaba abandonar. Al fin y al cabo, ella era una reportera y los buenos reporteros no se asustan a las primeras de cambio.

Sin decir otra palabra, Case se alejó. Jo se quedó mirándolo, pero entonces se percató de que el grupo de hombres había empezado a bajar hacia el pueblo y, sujetándose los pantalones, empezó a correr hacia su casa.

Afortunadamente, Calamity Falls era un pueblo pequeño y ella conocía todas las calles como la palma de su mano.

Esperaba que ninguno de sus vecinos la hubiera visto de aquella guisa. La anciana señora Ríos estaba convencida de que la espiaban

y guardaba un montón de piedras en caso de que necesitara defenderse de algún atacante. Si la veía con aquella pinta, más de una piedra le caería encima.

Cuando Jo entró en su casa, sin aliento, Lainey salía, de la cocina con un bocadillo.

—¿Qué te ha pasado?

—Se me ha roto el cinturón —contestó Jo.

—No digas que no te lo advertí —sonrió su amiga, dejándose caer en el sofá.

—Ni en sueños —murmuró Jo, entrando en su habitación para quitarse el disfraz.

—Cuéntame.

Mientras se lavaba la cara, Jo le contó lo de la hoguera y el discurso de Purdy.

—Por cierto, tu abuelo estaba allí.

—Ah, estupendo —dijo Lainey—. ¿Estaba ese Case Houston?

—Claro —contestó Jo entrando en el salón y quitándole a su amiga un trozo del bocadillo.

—Oye, que es mío —protestó Lainey.

—Pero has sacado el contenido de mi frigorífico.

—El mío estaba vacío.

—¿Y no se te ha ocurrido ir al supermercado? —Podría, pero es que la comida sabe mejor en tu casa.

—Qué simpática. Lainey sonrió.

—No se me ha ocurrido nada mejor. Cuéntame qué ha pasado con Case.

—El disfraz no ha servido de nada. Me asustó, el idiota.

—Cómo?

Jo le dio una versión reducida de lo que había pasado y Lainey se partió de la risa. Pero mientras su amiga se partía, Jo se comía su bocadillo como venganza.

—Case me pone nerviosa.

—Porque en Calamity Falls todos los hombres son retirados, o excéntricos o…

—Retirados excéntricos.

—0 tipos como Steve, que vienen al pueblo para trabajar unos meses y después se largan rompiendo el corazón de sus novias.

—No me ha roto el corazón —protestó Jo. La vergüenza que

había pasado la noche anterior parecía olvidada en aquel momento. Gracias a Case Houston, por cierto. Él le había dado algo en lo que pensar, además de en su corazón roto.

Que no estaba roto, se recordó a sí misma. Ni siquiera estaba magullado. Se había acostumbrado a Steve, eso era todo. Habían salido durante unos meses y se había acostumbrado a su compañía. Además, no quería saber nada de los hombres.

Case era un hombre atractivo, pero era una fuente, alguien que podría ayudarla a conseguir el artículo que necesitaba para hacerse un nombre. El hecho de que fuera alto, guapo y muy deseable no podía afectar su objetividad.

Después del bocadillo, tomaron helado porque Lainey le aseguró que era lo mejor para dormir sin pensar en Steve. Pero jo sabía que su amiga lo decía porque estaba convencida de que, si no, volvería a darle a la botella.

A las once, cuando Lainey se marchó, jo se metió en la cama. Fuera el helado o no, no pensó en Steve. Solo podía pensar en Case, en su investigación, en sus ojos negros…

Con la grabadora en un bolsillo de la chaqueta, un cuaderno en el otro y unas gafas de sol, jo caminaba con paso seguro por la avenida Battlehaven.

Estaba convencida de que parecía una turista. Pero cuando pasó frente a un hombre con bermudas y calcetines rojos pensó que quizá los vaqueros y la camiseta eran un atuendo demasiado conservador.

Tardó una hora, pero al fin encontró a Purdy tomando café en una terraza. Estaba en medio de un grupo de gente que lo escuchaba con mucha atención.

En el grupo estaba Charlotte Harris y, a su lado, una señora a la que no conocía. Las dos escuchaban al hombre como si estuviera dándoles la receta de la eterna juventud.

Charlotte la saludó con la mano y Purdy se volvió. Su mirada dejó ajo momentáneamente sin aliento. Los ojos de Harold Purdy eran de un azul muy claro y la miraba como si estuviera preguntándose dónde había estado toda su vida.

Jo tragó saliva. Se sentía tan atraída por aquel hombre como si fuera un agujero negro del espacio.

pedido infinidad de entrevistas, pero se niega en redondo.

—¿No quiere atención o es que también está harto de ti?

Jo dejó escapar un suspiro.

—No. Teme que alguien quiera robárselas. Aunque él habla de «secuestro».

—Muy inteligente.

—La mayoría de los excéntricos de Calamity Falls son muy inteligentes. De hecho, muchos de ellos son genios. Pero muy listos no son —sonrió Jo, mirando a Charlotte.

—Han venido a vivir aquí porque el pueblo tiene una historia peculiar?

—Sí —contestó ella. Después le contó la historia de Battlehaven y Shipper, los fundadores de Calamity Falls.

—Pobrecillos.

—Algunos dicen que este es un sitio maldito. El pueblo ha sufrido incendios, terremotos, tornados. Calamity Falls es un nombre muy apropiado. Significa «las cataratas de la calamidad».

—Supongo que os sentiríais muy orgullosos cuando un hombre de Calamity Falls fue elegido gobernador del estado —dijo Case, pensativo—. Bueno, antes de que lo detuvieran por fraude y evasión de impuestos.

Jo levantó los ojos al cielo.

—¿Tú no tendrías nada que ver con su detención…?

—¿Yo? No —dijo Case. Pero ella no le creyó.

Estaban jugando al gato y al ratón y, aunque Jo estaba convencida de que ella era el ratón, le resultaba divertido.

—Por qué tienes tanto interés en Harold Purdy? —preguntó, observando el cuaderno en el que Case tomaba notas.

—Sigues pensando que no estoy interesado en descubrir mis sentimientos profundos? —sonrió él, irónico.

—Si lo estuvieras, estarías escuchándolo ahora mismo.

Los dos se volvieron para mirarlo. Aquella mañana, Purdy iba vestido como un caballero inglés. Llevaba un traje de tweed y era, como siempre, el centro de atención.

Charlotte y su amiga no parecían capaces de resistirse a sus encantos.

Jo se dio cuenta entonces de que el cuaderno de Case se había deslizado por debajo del periódico y alargó los dedos, disimulando.

Sin mirarla siquiera, Case la tomó por la muñeca.

—Aparta las manos, Quillan —murmuró, guardándose el cuaderno en el bolsillo—. ¿Por qué te interesa Purdy?

—Supongo que por lo mismo que te interesa a ti.

—Sabes que esta es una conversación de besugos?

—Tienes razón. Vamos a cambiar de tema. ¿Por qué dejaste la oficina del fiscal del estado?

Case dudó un momento antes de contestar. Le gustaría pensar quejo estaba interesada en él, pero después de tenerla pisándole los talones durante las últimas veinticuatro horas, sabía que no era así. Una pena, pensó, observando cómo la sombra del magnolio jugaba con su rostro. Tenía la cara y el cuerpo de una diosa… y la mente de un perdiguero.

—Estuve trabajando con ellos ocho años —contestó por fin.

—¿Y por qué te fuiste?

—Quería tomarme las cosas con calma, ser mi propio jefe.

—¿El trabajo era muy duro?

Antes de contestar, Case miró a Purdy para comprobar que seguía hipnotizando a su público.

—No. Un día pensé que tenía sobrinos en Phoenix a los que no había visto en un año. Me había perdido las navidades, los cumpleaños… Yo no estoy casado y no tengo hijos, pero no se puede vivir sin la familia. Además, la ciudad está muy bien, pero el frenético ritmo de vida es agotador.

Jo se sintió ridículamente encantada de que no estuviera casado.

—El ritmo de vida en un pueblo tampoco es nada emocionante.

—Si no te gusta, ¿qué haces en Calamity Falls?

Aquella vez fue jo quien dudó, pero él había contestado sinceramente a su pregunta y ella debía hacer lo mismo, así que le habló sobre la enfermedad de su tío Don y su obligación moral de llevar el periódico.

Y me quedé aquí —concluyó.

—¿No quieres marcharte?

—Es hora de usar mi título universitario —contestó ella—. Pero si quiero trabajar para un periódico más importante, necesito encontrar un artículo que despierte interés. Algo que no sean las excentricidades de…

Case se puso rígido de repente.

—Entonces, es eso —dijo, mirándola con reprobación—. Pensé que solo querías un artículo para el periódico de Calamity Falls, pero lo que quieres es usar la historia de Purdy para medrar en tu carrera.

—Eso depende —dijo jo, sorprendida—. ¿Cuál es la historia de Purdy?

Él la miró sin decir nada durante algunos segundos.

—No pienso dejar que me utilices para hacerte un nombre, Jo Quillan.

Capítulo Cuatro

Si no fuera una profesional con una elevada idea sobre sí misma, jo se escondería debajo de la mesa.

Case tenía razón. Había estado siguiéndolo día y noche. Incluso podría haber puesto en peligro su investigación, pero…

Case acababa de darse la vuelta cuando se encontró cara a cara con Harold Purdy. Se paró en seco y jo lo miró, sorprendida. Parecía tener buenos frenos en esas botas suyas.

Purdy lo saludó amablemente con un gesto y después se volvió hacia Charlotte.

—Charlotte, ¿por qué no me presentas a tus amigos? —dijo, sonriendo. La sonrisa era tan ardiente que, distraídamente, jo se preguntó si se había puesto bronceador aquella mañana.

—No conozco al caballero —dijo Charlotte, encantada—. Pero ella es mi amiga, jo Ella Quillan.

Purdy apretó la mano dejo con las dos suyas. La firmeza del apretón parecía querer decirle «confía en mí». Aquellos ojos azules se clavaron en los suyos con suprema sinceridad.

—¿Cómo está, señorita Quillan? Es usted como una brisa fresca.

Jo sintió que el mundo se movía bajo sus pies.

—¿De verdad? —preguntó tontamente. El hombre era tan atractivo, tan encantador que solo con mirarlo se sentía feliz.

Era más joven de lo que había pensado. No debía tener más de treinta y cinco años, pero irradiaba tal confianza y seguridad en sí mismo que parecía mayor.

—Es una terraza —dijo Case entonces—. Además, estamos en octubre, o sea que hay brisa para dar y tomar.

Jo lo miró, atónita. ¿Por qué era tan grosero? El rostro de Case Houston parecía haber sufrido una transformación. Incluso le

parecía más bajito, con los hombros caídos.

—¿Y usted es? —sonrió Purdy, que no parecía nada afectado.

—Case Houston.

—Ah, sí. Lo vi anoche en nuestra pequeña reunión, pero desapareció antes de que terminase.

—Tenía que hacer una cosa —dijo Case. Estaba mirando a Purdy con la boca abierta y parecía a punto de babear. ¿Qué le estaba pasando?

—Solo estaba piropeando a la señorita Quillan por su belleza.

—Sí, es guapa —asintió Case, mirándola con admiración—. Y lista.

Jo miró a la mujer que acompañaba a Charlotte.

—No nos conocemos. Soy Jo Quillan. —dijo, ofreciendo su mano.

La mujer, que miraba a Purdy con la misma expresión embelesada que Charlotte, se volvió para mirarla.

—Hola. Soy Freida Long.

—¿Es nueva en el pueblo? —preguntó jo sin dejar de observar a Case, que parecía tener la mirada perdida en el espacio.

—Sí —dijo Freida—. Había oído hablar tanto de Calamity Falls, de su encantadora historia, sus peculiares habitantes… que he tenido que venir para comprobarlo personalmente.

—Me alegro mucho de tenerla… —en ese momento, jo se fijó en las joyas que llevaba Freída Long. Pendientes de diamantes, un collar de perlas auténticas, un reloj de oro y anillos en todos los dedos. «A usted y a sus joyas», estuvo a punto de decir—. Espero… que lo pase bien aquí y que se quede mucho tiempo —dijo, tartamudeando.

—Yo también lo espero —sonrió la mujer.

El radar personal dejo, un escalofrío que la recorría entera, le decía que allí estaba pasando algo muy raro. Purdy estaba sonriendo de oreja a oreja. Charlotte y Freída sonreían también. Y Case estaba en la luna.

Tenía que descubrir qué estaba pasando allí.

—Encantado de conocerla, señorita Quillan —dijo Harold Purdy, estrechando su mano de nuevo—. Le aseguro que me ha alegrado el día, pero me temo que ahora debo irme.

Con un gesto de despedida dirigido a Case, que él contestó con

una sonrisa bovina, Purdy se marchó de la terraza acompañado de las dos mujeres.

Jo se quedó mirándolo y después miró a Case, que parecía haber recuperado su aspecto normal.

—Qué te ha pasado?

—¿A qué te refieres? —preguntó él, con expresión inocente.

—Pero… si parecía que te habías dejado el cerebro en casa.

—Ah, eso. No quería que pensara que soy demasiado listo.

—Pues lo has hecho estupendamente.

—Puede que tenga que hablar con él más tarde y es mejor que se sienta superior.

—¿Y no crees que te has pasado un poco? Hace un minuto, un gusano se habría sentido superior a ti.

—Tengo que conseguir que baje la guardia.

—¿Es así como sueles llevar tus investigaciones?

—Hago lo que tenga que hacer en cada momento.

—Ya —dijo Jo, recelosa.

—Háblame de Charlotte.

Sabiendo que Case no iba a contarle lo que ella quería oír, Jo le habló sobre Charlotte Harris y su afición a los halcones.

—Nunca la había visto hablando de algo que no fueran sus halcones, pero con Purdy parecía haberse olvidado por completo del asunto. Y la otra mujer, Freida, ¿has visto las joyas que llevaba?

—Sí —contestó Case—. Y Purdy también.

Jo abrió los ojos como platos.

—¿Es un ladrón de joyas? —preguntó, emocionada. Se imaginaba a Purdy vestido de negro, corriendo por los tejados… y a ella misma persiguiéndolo y entregándolo a la justicia. Desgraciadamente, allí estaba Case para pisotear sus sueños.

—No que yo sepa.

—Pues si no estás aquí para detener a Purdy, ¿por qué te has hecho pasar por un imbécil?

—¿Detenerlo? ¿Por qué, por mirar las joyas de Freida? ¿Por decirte que eres como una brisa fresca? —rio él de una forma muy poco caballerosa—. Ese tipo debería trabajar en televisión anunciando algo.

Jo se quedó pensativa.

—Sí, la verdad es que parece un vendedor de primera.

—Y tú has comprado lo que ha querido venderte.

—Me interesaba lo que tenía que decir —se defendió ella.

—No ha dicho nada, Jo. Pero probablemente no te has dado cuenta porque estabas babeando.

Jo lo miró, perpleja e irritada.

—Me parece que estás celoso.

—¿Celoso?

—Tienes que admitir que Purdy tiene cierto… carisma, que tú no posees.

Case se puso las manos en las caderas.

—Tú crees que no tengo carisma?

—No —contestó ella. ¿De qué estaban hablando?, se preguntó después.

—¿Y él sí? Deja que te diga una cosa, Jo.

Purdy utiliza su encanto para conseguir lo que quiere.

—La mayoría de la gente hace eso. Y, la verdad, creo que si estás investigando sus actividades, deberías haber reaccionado de una forma más normal.

Case sonrió.

—Mientras tú tenías la barbilla en el suelo. Jo se había sentido tontamente atraída por aquel hombre, eso era cierto, pero era el interés que cualquiera mostraría por alguien tan encantador.

—Por qué no me cuentas qué clase de hombre es Purdy?

Case la miró durante unos segundos sin contestar.

—Intenta recordar que, venda lo que venda, hay que pensárselo dos veces antes de comprar —dijo por fin. Después, se inclinó hacia ella y acarició su mejilla con un dedo. Y aquella vez, el escalofrío que Jo sintió no tenía nada que ver con su radar—. Los tipos como él se comen crudas a las chicas como tú. Ten cuidado —añadió, en voz baja—. Tengo que irme. Y no me sigas, no me incordies y no me uses para conseguir un artículo. Yo no soy el billete para salir de Calamity Falls.

Case se despidió con la mano y se alejó, silbando.

Qué listo, pensó ella, furiosa. Y encima, se había marchado sin pagar la cuenta.

Jo salió de la terraza después de pagar el café, pero había

perdido a Case de vista. Mejor, pensó. Tenía muchas cosas que hacer y prefería no distraerse.

No podía dejar de pensar en Harold Purdy. Desde luego, aquel hombre era especial. Tenía un don para atraer a la gente.

¿Qué tenía que ver su interés en Charlotte y Freida con su obsesión por el hombre auténtico en la sociedad actual? t0 con lo de la cosmogonía? Tendría que vigilarlo. Y si así se convertía en un obstáculo para Case Houston, peor para él.

Pero le remordía la conciencia al recordar que Case la había acusado de estar utilizándolo para hacerse un nombre. Quizá era cierto. Podría hacer averiguaciones sin estorbar su investigación, pensó. Podría hablar con alguno de los hombres a los que había visto en la reunión. Les preguntaría qué les había parecido y cuál era su opinión sobre Purdy.

Jo decidió ir a hablar con Stavros Pappas. Los miércoles, su restaurante solo abría a la hora de la cena, pero sabía que podría encontrarlo en la cocina.

Stavros, un hombre alto de cejas pobladas y la cabeza como una bola de billar, estaba moviendo algo en un puchero que olía de maravilla.

Cuando la vio, el hombre la saludó con una sonrisa.

—Buenas noticias, Jo. Venus y Marte están alineados perfectamente, así que puedo hacer stefado —dijo, tomando un montón de hierbas que él mismo plantaba en enormes macetas y que era lo que le daba un sabor peculiar a todos sus platos—. Estará divino, exquisito. Será tan perfecto que mi propia madre… —siguió diciendo el hombre, emocionado—, mi propia madre, que está en el cielo, estará orgullosa de mí.

—Eso es maravilloso, Stavros —sonrió Jo—. ¿Y qué es el estofado?

—Carne asada. Hoy lo prepararé con cordero, una carne exquisita —contestó el cocinero. Después, siguió hablando sobre la receta y Jo empezó a pensar cómo iba a darle la vuelta a la conversación para hablar de lo que la interesaba.

Cuando se mudó a Calamity Falls, había tardado un tiempo en acostumbrarse a las excentricidades de sus vecinos.

Stavros no le prestaba mucha atención a nada que no fuera su cocina y la carta astral. Por eso Jo se había sorprendido al verlo en

la reunión de Purdy.

Cuando se dio cuenta de que no iba a poder sacarle del asunto del stefado, decidió tirarse de cabeza.

—Stavros, ¿te pareció interesante lo que Purdy decía anoche sobre los sentimientos profundos de los hombres?

Stavros parpadeó, sorprendido.

—No —admitió—. La verdad es que parecía un loco.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué fuiste? —Helen tenía unas amigas en casa y estaban hablando de sus cosas —dijo el hombre, señalando a su mujer que estaba cortando verduras al otro lado de la cocina.

—Entonces, ¿no piensas ir a la próxima reunión?

—No. Subir por esos riscos me ha dejado hecho polvo. Además, qué tontería mirar dentro de uno mismo para encontrar al hombre que hemos perdido. Lo que hay que hacer es consultar a las estrellas…

Quince minutos después, cuando Jo estaba a punto de quedarse dormida de pie, consiguió despedirse sin parecer grosera.

—Es posible que venga esta noche a cenar tu estofado.

—Por cierto, Helen y yo lamentamos mucho que Steve te haya dejado. ¿Se ha marchado ya? —preguntó Stavros.

Jo suspiró, irritada.

—Espero que sí.

—Una lástima. Iba a preguntarte si querías que hablase con él —dijo el hombre, mirando un cuchillo de forma amenazadora—. No debería haberte roto el corazón de esa forma tan cruel.

—Mi corazón está perfectamente, Stavros —se apresuró a decir Jo—. Pero gracias de todas formas.

—Con tu próximo novio, ven a consultarme. No deberías elegir un hombre sin pedir ayuda a las estrellas.

—Lo haré, Stavros —sonrió ella antes de salir del restaurante.

Diez minutos más tarde entraba en el jardín de Cedric Warrender, que estaba recortando los bigotes de un gato de Cheshire, una de las figuras de su jardín topiario. Como los turistas se amontonaban frente a su casa, Cedric se encargaba de mantener a los personajes de Alicia en el país de las maravillas bien recortaditos. Había tardado dos años en conseguir que los aligustres crecieran hasta conseguir el tamaño adecuado. Para Cedric, aquellos

personajes eran reales, por eso hablaba con ellos. Cuando terminó de recortar los bigotes del gato, se volvió hacia Jo con una sonrisa.

—Ya está. Perfecto.

Jo lo miró. Tenía razón. El gato de Cheshire, el famoso y sarcástico gato de Lewis Carroll, era perfecto.

—¿Cómo lo haces? —preguntó, admirada.

—Como Miguel Ángel —contestó Cedric—. Simplemente cortó cada parte del arbusto que no es un gato.

—Eres un artista —sonrió Jo. El hombre se puso colorado hasta la raíz del cabello—. He oído que estuviste en el Pico de la serpiente anoche —dijo ella entonces para evitarle más embarazo—. ¿Qué es lo que te interesa del doctor Purdy?

—No estaba interesado, pero lo comenté con mis amigos —dijo Cedric, señalando a sus figuras de hierba— y me aconsejaron que fuera. Siempre se puede aprender algo.

—Ah —murmuró Jo, intentando no parecer sorprendida—. ¿Yqué te pareció lo que decía?

Cedric sonrió inocentemente.

—Interesante.

—¿Piensas ir a la próxima reunión?

—Probablemente. Si no estoy demasiado ocupado y mis amigos me aconsejan que vaya, iré.

—Ya.

—Además, Charlotte Harris cree que debo ir.

Cedric se había vuelto a poner colorado al mencionar a la experta en cetrería.

—Charlotte es amiga del doctor Purdy, así que supongo que te aconsejará que vayas —dijo Jo, sintiéndose como una hipócrita. Pero no podía contarle sus sospechas a nadie.

La siguiente parada fue en casa del abuelo de Lainey, pero cuando Jo abrió la verja, descubrió que otra persona había tenido la misma idea.

Case estaba sentado en el jardín, tomando una cerveza mientras hablaba con Julius, que estaba preparando anzuelos. Pescar era una de sus pasiones.

Julius sonrió al verla, pero la expresión de Case se endureció.

—Buenas tardes, jo. ¿A qué le debo el honor? Hace meses que no vienes a visitarme. ¿Conoces al señor Houston? Es nuevo en

Calamity Falls.

—Nos conocemos —dijo ella, sentándose a su lado.

—Ah, estupendo.

—Eso es lo que tú crees —murmuró jo. Pero Julius, demasiado ocupado con sus anzuelos, no la oyó.

Case la miró con una sonrisa retadora y Jo le devolvió la mirada, sin inmutarse.

—¿Quieres beber algo? Puedo ofrecerte un café.

—Solo si es descafeinado. La cafeína es mala para el oído —intervino Case, recordándole poco educadamente que le había prohibido que lo siguiera.

—¿Ah, sí? Yo no sabía eso —dijo j'ulius, sorprendido.

—La cafeína no afecta al oído —sonrió jo—. Case está de broma.

—Ah, bueno. Pero no debes beber alcohol porque ya sabes que con dos copas te echas a llorar —continuó el abuelo de Lainey, concentrado en su trabajo.

—iJulius!

—No tienes por qué avergonzarte —dijo el hombre—. Todos hemos tenido problemas amorosos. Lainey dice que estabas enamorada de Steve, pero incluso un corazón tan roto como el tuyo se curará con el tiempo.

—¿No me digas? —murmuró jo, irónica. Acababa de decidir que aquella misma noche iba a jugar a las películas de terror, con Lainey como cadáver.

—rTe han roto el corazón? —preguntó Case—. Qué pena.

—No es asunto tuyo.

—Steve Grover la dejó hace dos noches delante de todo el mundo. Yo creo que fue un grosero —explicó Julius.

—Por favor, no quiero hablar de eso —dijo jo, desesperada por cambiar de conversación—. Y no es asunto de nadie…

—Romperte el corazón. Qué canalla —siguió el hombre.

—No me ha roto el corazón.

Case sonreía de oreja a oreja. Lo estaba pasando bomba.

—Sigue, julius, por favor. Como amigo dejo, lamento mucho que esté sufriendo este trauma.

—Eres un buen hombre, Case —sonrió Julius.

—Un cielo —replicó Jo, lanzando sobre él una mirada asesina.

—Algunos de nosotros habíamos pensado ir a buscar a Steve y

enseñarle que en Calamity Falls no se trata así a las mujeres.

Jo hubiera deseado que se la tragara la tierra. Era estupendo tener tantos amigos, pero le habría gustado que mantuvieran la boca cerrada de vez en cuando.

—Es un crimen —asintió Case.

—Mucha gente opina que hay una maldición para las mujeres de Calamity Falls.

—¿Una maldición? —preguntó Jo. Era la primera vez que oía aquello.

—Parece que están destinadas a enamorarse del hombre equivocado una y otra vez hasta que encuentran el verdadero amor. Jo, ¿cuántas veces te has enamorado desde que llegaste aquí?

—¡Ninguna! ¿Podemos cambiar de tema? —No tienes que disimular. Estás entre amigos.

—Sí, Jo —dijo Case—. Estás entre amigos.

—Ojalá fuera verdad —murmuró ella. En ese momento, se percató de que Julius estaba mirando a Case con ojos… ¡No! Fuera lo que fuera lo que estaba pensando, tenía que distraerlo.

—Julius, tengo que preguntarte algo sobre la reunión de anoche.

—¿La de Purdy? ¿Cómo sabes que estuve allí?

—Porque me lo contó Case —contestó ella, muy inteligente.

—¿Estás pensando en escribir un artículo sobre Purdy en el periódico? —preguntó Julius.

—Es posible. Depende de la información que pueda conseguir.

—Ninguna —le dijo Case al oído.

—La verdad es que fui porque siempre he estado interesado en la mecánica de los estafadores —dijo Julius entonces con toda tranquilidad.

Jo sacó un cuaderno del bolsillo.

—¿Y qué te hace pensar que Purdy es un estafador?

—Todo lo que decía eran cosas viejas, cosas que todos sabemos, pero con un envoltorio atractivo. ¿No te parece, Case?

—Sí —contestó él, tomando un trago de cerveza—. No había nada nuevo en lo que decía.

—Esa idea de la cosmogonía… Dice que es una ciencia, bah. Quiere presentarse como un santón, pero no es más que un fraude.

—¿Un santón? —repitió Jo, sorprendida—. No pensarás que intenta extender una nueva religión, ¿verdad?

Julius se encogió de hombros.

—No sé qué quiere, pero me parece que no ha venido aquí para conocer la encantadora historia de Calamity Falls ni para formar parte de la excéntrica población.

—Él no es ningún excéntrico —intervino Case.

—¿Qué es? —preguntó Jo.

Case se mantuvo en silencio.

—El tiempo lo dirá —contestó Julius, enigmático.

Estaba claro que Case no iba a ayudarla, pensó Jo, irritada con él por enésima vez en veinticuatro horas.

Jo Quillan lo sacaba de quicio.

Era como un grano, pensaba Case. Estaba pisándole los talones todo el día y haciéndole perder el tiempo. Aquella mañana, cuando no se había percatado de que Purdy se había levantado de la mesa… Eso nunca le había ocurrido. Y no habría ocurrido si hubiera estado en lo que estaba.

Cuando la miró, vio el sol reflejado en su pelo color chocolate, los ojos verdes oscurecidos, los labios generosos y sugerentes…

Y él no era el único que había visto aquello. Harold Purdy prácticamente había tenido que esconder los colmillos al verla. Y Jo había puesto una cara de tonta…

¿Qué le pasaba a las mujeres? Jo era periodista, pero no se daba cuenta de que Harold Purdy era un estafador.

—Solo hay una forma de averiguar qué está tramando —dijo Julius, terminando de colocar los anzuelos.

—¿Cuál?

—Martha me ha dicho que esta noche da una charla en el club. Solo para mujeres… Ah, se me ha olvidado tu café. Enseguida vuelvo.

—Ni lo pienses —le advirtió Case cuando estuvieron solos.

Jo lo ignoró.

—El club. Podría ir a ver qué se cuece allí esta noche.

—De eso nada —gruñó Case.

Capítulo Cinco

Jo lo miró, exasperada.

—A menos que alguien haya cambiado la Constitución sin que yo me haya enterado, este es un país libre y..

—Estás decidida a estropearme la investigación, ¿verdad? —la interrumpió Case. Estaba empezando a pensar que el día que Jo Quillan lo había reconocido había sido el día más desafortunado de su vida. Y para empeorar las cosas, el recuerdo de cómo Purdy había mirado su escote lo volvía loco de celos.

—¿Cómo voy a arruinar tu investigación por asistir a una reunión del club? Además, no puedo estropearte nada porque no sé en qué estás trabajando —replicó Jo—. ¿No sería mejor que trabajáramos juntos? Tú no puedes ir a la reunión. A menos que quieras ponerte uno de mis vestidos.

—No tengo intención de convertirme en un travestido. Y trabajo solo.

Ella miró al cielo.

—Oh, por favor. Incluso los lobos solitarios necesitan una compañera de vez en cuando…

—Cariño, me parece que aún no tenemos ese tipo de relación, pero te tendré en mente —la interrumpió Case, irónico.

—Bueno, da igual. Seguro que puedo conseguir una entrevista con el doctor Purdy.

—¡No!

—Admite que puedo ayudarte.

Case se pasó una mano por el pelo.

—Te llamaré cuando necesite un guardaespaldas.

Jo estaba a punto de liársela por aquel comentario cuando Julius apareció con el café.

—¿De qué estábamos hablando?

Ninguno de los dos contestó y Julius se lanzó entonces a describir los mejores sitios para pescar en Calamity Falls.

—Bueno, yo me voy —dijo Jo, tomándose el café de un trago—. Tengo trabajo. Adiós, Julius —se despidió con una sonrisa. Después se alejó con paso alegre, como diciendo «ja, yo he dicho la última palabra».

—Eso es lo que tú crees —murmuró Case.

—Has dicho algo? —preguntó Julius, siguiendo la dirección de su mirada—. Es una buena chica. No tenía por qué haber venido a este sitio perdido de Dios, pero lo hizo para ayudar a sus tíos. Seguramente ha sido un suicidio profesional, pero lo hizo de todas formas —añadió entonces con una sonrisa—. Una buena historia la ayudaría a conseguir un trabajo en algún periódico decente. Y se lo merece.

Case miró a su nuevo amigo con expresión divertida.

—¿Has estado escuchando?

—Por supuesto. ¿Cómo iba a enterarme de nada si no escucho? —rio Julius, tomando un trago de cerveza—. Me encanta poner la oreja. Le da a uno la oportunidad de conocer bien al ser humano.

Case sonrió.

—¿No crees en eso de que si se escucha detrás de una puerta solo se oyen cosas malas de uno mismo?

—No. ¿Qué podrían decir de mí?

—Que eres un cotilla, por ejemplo —sonrió liase.

Julius soltó una carcajada y Case se despidió, estrechando la mano del hombre. No había prisa. Sabía exactamente dónde estaría Jo Quillan. Tenía que reconocer que le había dado la vuelta a la situación. Ahora era él quien la seguía a ella.

—Vale, estoy dispuesto a tirar la toalla.

Jo miró a Case, sorprendida. Había ido a buscarla al periódico.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabes lo que quiero decir.

—Sí —admitió ella, poniéndose las manos detrás de la cabeza—. Pero quiero que lo digas.

—Necesito tu ayuda para investigar al doctor Purdy —dijo Case

por fin, como si le costara un mundo.

—Estaré encantada de ayudarte —respondió Jo, intentando disimular su alegría—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Debo llevar un micrófono oculto? No sé dónde he puesto la grabadora… La tenía hace un rato, pero no sé…

Case golpeó la mesa con la mano, sobresaltándola.

—Ni micrófonos, ni grabadoras. Lo único que debes hacer es ir a la reunión y enterarte de lo que cuenta Purdy.

—¿Y qué más? —preguntó Jo, mirando alrededor para comprobar que nadie los estaba escuchando. Pero sus tíos se habían marchado y el contable y la maquetista estaban encerrados en su oficina.

Case tomó una silla y se sentó a horcajadas, con los codos apoyados en el respaldo. Estaba muy guapo en esa postura.

«Concéntrate, Jo», se dijo a sí misma. Cuando por fin estaba a punto de conseguir lo que quería no podía permitirse el lujo de pensar en tonterías. Bueno, quizá solo una miradita. A pesar de que aquel hombre la sacaba de quicio, debía admitir que Case Houston tenía lo que hacía falta para llenar unos vaqueros.

—¿Estás escuchando?

Ella levantó la mirada, sorprendida.

—Claro. Estabas a punto de decirme qué tengo que hacer para ayudarte.

El la miró durante unos segundos, como si estuviera decidiendo si debía contárselo o no.

—Hace unos días recibí la llamada de una mujer de Phoenix llamada Estelle Long.

—¿Long? ¿Cómo Freida, la amiga de Charlotte?

—Estelle es su hija.

—Esto se pone interesante —murmuró Jo.

—¿Cómo lo sabes? Aún no te he contado nada.

—Bueno, da igual. Sigue.

—Freida llegó hace dos semanas a Calamity Falls. Conoció a Purdy y a Charlotte y, aparentemente, volvió a Phoenix, hizo la maleta y se mudó aquí.

—Y su hija está preocupada.

—Sí. Pero lo que más la preocupa es que su madre está sacando grandes cantidades de dinero del banco.

—¿Y en qué se lo gasta?

—No lo sabe.

Jo se apoyó en el respaldo de la silla, con gesto pensativo.

—Purdy?

—Podría ser. Solo hay que mirar la colección de joyas que lleva encima para darse cuenta de que Freida está forrada.

—¿Crees que es un estafador?

—Sí, pero me resulta difícil probarlo debido a… ciertas distracciones —contestó él, mirándola con ironía. El clip quejo estaba intentando meter en la taza hizo una parábola en el aire y cayó a los pies de Case, que lo recogió y lo «encestó» al primer tiro —. Si vas a ayudarme, tienes que ser mi socia, no una distracción.

—Socia —repitió jo. Le gustaba esa palabra.

—Lo que tienes que hacer es escuchar a Purdy esta noche. Puede que esté dándole a Freida «consejos financieros».

—¿Y no es posible que esté invirtiendo su dinero honradamente?

—Si fuera así, ¿no crees que ella se lo habría contado a su hija?

—A menos que no se lleven bien y la hija tenga miedo de que Freida se gaste su herencia.

—Estelle me ha dicho que, tenían muy buena relación hasta que Freida vino a vivir aquí. Además, Estelle es la propietaria de un concesionario de coches y está casada con el dueño de una empresa constructora, así que no necesita dinero —dijo Case, inclinándose hacia adelante hasta que la silla quedó apoyada solo sobre dos patas —. Y por lo que he podido saber, esa es la forma de operar de Purdy. Se hace amigo de señoras mayores y, de repente, su dinero empieza a desaparecer.

—¿Lo ha hecho antes?

—Al menos dos veces, pero las pobres se sienten demasiado avergonzadas como para denunciarlo.

—¿Y lo de anoche, la reunión sobre el hombre y su lugar en la sociedad? ¿Qué era todo eso?

Case se encogió de hombros.

—Aún no lo sé. Julius no está interesado, pero quizá alguno de los otros asistentes quiera volver.

—Cedric —dijo entonces Jo—. He hablado con él. Es un hombre solitario y… peculiar. ¿Sabes que habla con sus plantas? Es posible que el plan de Purdy sea sacarle dinero a la gente solitaria y

especial como Cedric.

—Podría ser.

—Si Purdy es detenido, Charlotte y Freida se sentirían demasiado avergonzadas como para testificar contra él. Y si alguien como Cedric, que habla con las plantas, testifica ante un juez… bueno, es posible que no lo creyeran. Son víctimas perfectas, Case —dijo Jo, pensativa.

—Es posible —murmuró él, sorprendido de su rapidez mental—. ¿Sabes lo que tienes que hacer esta noche?

—Sí. Ir a la reunión, enterarme de todo y después invitarlo a una copa para enterarme de más cosas.

—¿Y quién ha dicho nada de tomar una copa?

—Podría invitarlo a mi casa —murmuró Jo, pensativa—. No, eso sería demasiado…

—Un momento, Mata Hari. ¿Qué piensas hacer? ¿Echarle suero de la verdad en la copa para que confiese?

—¿Crees que podría hacerlo? —preguntó Jo, emocionada.

—¡No! —exclamó Case, levantándose de golpe—. No vas a espiar, no vas a sacarle nada, no…

—¿No voy a tomar una copa con él? —lo interrumpió Jo, que estaba tontamente encantada con la actitud de Case.

—Mira, si quieres ayudarme tienes que hacer exactamente, exactamente lo que yo te diga.

—Bueno, está bien. Tú eres el jefe.

—Ojalá fuera verdad —murmuró él, sentándose de nuevo—. Lo único que harás es enterarte de lo que habla y después informarme a mí. ¿De acuerdo? ¿Serás capaz de hacer eso?

—Por supuesto. Soy periodista, ¿recuerdas?

—Vale. Y otra cosa, esto es estrictamente confidencial. No le cuentes ni una palabra a nadie.

—Eso no tienes ni que decirlo. Nunca pondría en riesgo la investigación.

Case la miró, escéptico.

—Ni siquiera puedes contarle nada a tu mejor amiga, la nieta de Julius.

—Claro que no.

—Si se lo cuentas, se enterará todo el pueblo. —¡Lainey no se lo contaría a nadie!

—¿No le ha contado a todo el mundo que te pusiste a llorar porque tu novio te rompió el corazón?

—Steve no me rompió… Oh, da igual.

Jo estaba empezando a hartarse de repetir que Steve no le había roto el corazón. Nadie la creía. Ni siquiera Case.

—Entonces, ¿tenemos claro lo que hay que hacer?

—¿Parezco sorda?

—No —sonrió él—. Purdy sabe que eres periodista y no dirá una palabra que pueda delatarlo, así que tendrás que encontrar la forma de hacerle hablar.

Jo se levantó, con gesto seductor.

—Tengo un vestido negro con una abertura en el muslo que…

—No —la interrumpió Case, levantándose de nuevo—. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Qué es lo que tengo que entender? —sonrió jo, encantada de que el morenazo estuviera celoso.

—Para ser periodista, tienes una forma muy frívola de actuar.

—¿De verdad? —sonrió ella. Intentaba hacerse la lista, pero su corazón latía a toda velocidad—. ¿Quieres decir que soy poco seria?

—Muy poco seria. Y te crees la jefa, pero no lo eres.

—Es una costumbre. Después de todo, soy la única reportera del periódico y hago lo que me da la gana.

—¿Y sobre qué hay que informar en Calamity Falls? ¿Sobre una gallina que ha puesto un huevo de dos yemas?

—No, de eso se encarga mi tío. Yo informo sobre noticias serias —dijo Jo, haciéndose la importante.

—¿Qué clase de noticias?

—Pues, cosas como el peligro de las. minas abiertas a las afueras del pueblo.

—Ah, eso no está mal.

—¿Qué creías, listo? Pero la verdad es que envié el artículo a un periódico de Tucson y no les interesó. De lo que suelo informar es de cosas como que van a pintar la plaza del pueblo —confesó Jo, sinceramente.

—Ya lo imaginaba —sonrió Case.

—Este asunto de Purdy es muy importante para mí. Y creo que soy muy buena investigadora.

—Ya. Y después de este artículo podrás salir de Calamity Falls y

empezar una carrera como periodista estrella.

—Puede que a ti no te parezca importante, pero para mí lo es —dijo Jo, poniéndose seria.

—De acuerdo. Hablaremos después de la reunión.

—En mi casa. Espera, te daré la dirección.

—No hace falta —sonrió Case, abriendo la puerta—. Seguro que puedo encontrarla.

Jo lo vio salir, con el corazón acelerado. Debían mantener una relación estrictamente profesional. De no ser así, complicarían mucho las cosas. Además, ella no tenía tiempo para hombres. Aunque fueran tan interesantes como Case Houston. Pero seguía preguntándose cómo sería un beso suyo…

Seguramente había cometido el mayor error de su carrera, pensaba Case sentado en la habitación de su hotel.

Él nunca trabajaba con nadie. Y menos con alguien que no era un profesional. Entonces, ¿por qué aquella chica? Jo era muy cabezota y estaba segura de saber lo que hacía, pero no tenía ni idea.

Su socia era una reportera del periódico local, una cría. Pero una cría muy decidida. Jo Quillan quería una historia que la sacara de Calamity Falls y la llevara a algún periódico importante y haría lo que fuera para conseguirlo.

Case se levantó y empezó a pasear por la habitación.

Jo no tenía ni idea de dónde iba a meterse, el estrés que tendría que soportar en un gran periódico, los millones de detalles que tendría que controlar y los jefes que intentarían pisar sus artículos. El recuerdo hizo que Case se pusiera la mano en el estómago.

Jo era demasiado blanda para esa clase de vida.

Entonces recordó su pelo color chocolate, la curva sensual de sus labios, el trasero de Marilyn Monroe y las largas piernas…

—¡Pero bueno! —exclamó, paseando por la habitación como un león enjaulado.

Se le estaba reblandeciendo el cerebro.

Había perdido el juicio al asociarse con Jo Quillan, no precisamente un modelo de buen juicio ella misma.

Le había dado instrucciones, pero ¿las seguiría aquella cabezota?

El miedo hizo que Case saliera de la habitación a toda prisa.

Tenía que encontrarla.

Capítulo Seis

—Quiero saber qué vas a ponerte esta noche.

Case estaba en el porche, intentando disimular que se sentía como un auténtico imbécil.

Jo llevaba una bata de encaje de color rojo cereza y tenía las uñas de los pies pintadas del mismo color. Unos pies monísimos, pensó Case tontamente.

Acababa de bañarse y olía a rosas. Se había lavado el pelo y parecía estar arreglándose para una cita importante.

Había llegado justo a tiempo.

—Creí que íbamos a vernos después de la reunión —dijo Jo, colocándose frente a la puerta para impedirle la entrada.

—Sí —murmuró Case, tomándola por los hombros para apartarla de su camino—. Pero he decidido venir para comprobar qué ibas a ponerte. No puedes estar demasiado atractiva.

Jo lo miraba como si estuviera loco.

—¿Demasiado atractiva?

—Enséñame lo que vas a ponerte —insistió Case, que no podía defender su intrusión de manera alguna, pero tenía que intentarlo —. Tengo que dar mi aprobación.

Jo lo miró como si fuera un insecto.

—¿Tu aprobación?

—Mira, creo que he cometido un error. Es muy posible que tú también caigas bajo el hechizo de Purdy, el rey del carisma.

—Gracias por la confianza.

—De nada.

Case miró alrededor. La casa de Jo parecía una casita de muñecas. El sofá, que podría caberle en el bolsillo, estaba tapado con una tela de colores y había fotografías por todas partes. Era una

casa muy agradable en realidad, pero Case no sabía qué estaba haciendo allí.

—Ponte cómodo —murmuró Jo, cerrando la puerta. Podría matarlo, pero tenía que aguantarse.

—¿Por qué no te vistes? —preguntó él. Cuando Jo iba a protestar, Case levantó una mano—. Soy el jefe, ¿recuerdas? Tienes que hacer todo lo que te diga.

Ella lo miró durante unos segundos sin decir nada y después entró en su habitación.

Case enterró la cara entre las manos. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Tenía que justificar aquella visita, pensaba. Le diría que nunca antes había trabajado con nadie y tenía que asegurarse de que todo iba como habían previsto. 0 podía decirle que no confiaba en ella. 0 quizá podría decirle la verdad, que le daba miedo que escuchara a Purdy porque sabía el efecto que ejercía sobre la gente.

Jo salió de su habitación unos minutos después con un vestido de color amarillo. Estaba muy guapa y tan fresca como un limón. A Case se le hizo la boca agua.

—Se te ve mucha pierna y no es bueno… no querrás que Purdy se fije en ti —dijo tontamente.

—Case, en esa reunión habrá media docena de mujeres, todas de más de sesenta años. Me temo que va a fijarse en mí de todas formas.

Eso era exactamente lo que Case temía.

—¿No tienes nada… más largo?

—No seas ridículo.

—¿Quieres el artículo o no?

Jo volvió a entrar en su habitación y cerró de un portazo. Unos segundos después, salió con un vestido negro hasta los pies.

—¿Esto te parece mejor? —sonrió, dando una vueltecita. Case se percató entonces de que el vestido tenía un enorme escote en la espalda.

—¿Sabes que esa cosa tiene un escote donde debería haber una cremallera? —preguntó, intentando no babear.

Ella lo miró por encima del hombro, un movimiento lleno de connotaciones sexuales que Case no se atrevía a considerar en ese momento.

—Me tapa las piernas. ¿No era eso lo que querías?

—¿No tienes unos pantalones?

—Pues creo que sí —la dulzura de su voz estaba a punto de provocarle una caries.

Cuando salió del salón, Case se levantó del sofá para comprobar hasta dónde llegaba exactamente el escote de la espalda y tuvo que lanzar una maldición. Casi podía ver la curva de su trasero. Debería abatirlo un rayo por lo que estaba pensando.

Unos minutos después, Jo volvió a salir de la habitación con unos pantalones verdes y un jersey blanco.

—No pienso volver a cambiarme, Houston. Si no te gusta, te aguantas.

Tenía un aspecto elegante y virginal. Perfecto.

—Recuerda que debes observar y tomar notas…

—Sé lo que tengo que hacer —lo interrumpió ella—. Si no estás convencido, puedes…

—Vale, vale. Me voy. Volveré después de la reunión —dijo Case, dirigiéndose hacia la puerta.

Aquel hombre la ponía de los nervios, pensaba Jo mientras se dirigía al club. Pero debía mantener la calma, no podía demostrarle a Purdy que tenía la mosca detrás de la oreja.

A las siete en punto, empujó la puerta del club y se quedó helada.

Estaba lleno. En el club de Calamity Falls había sitio para cien personas, pero allí debía de haber más de doscientas mujeres. Jo esperaba que el jefe de bomberos, el abuelo de Lainey, no se enterase del asunto.

—Hola, Jo —la saludó Martha—. Será mejor que busques una silla, esto está hasta arriba. Yo me he levantado un momento para colocarme la faja y Melba Parker me ha quitado el sitio.

—Martha, ¿de dónde ha salido toda esta gente? —preguntó Jo, atónita.

—No lo sé. Supongo que serán turistas, pero creo que hay mujeres de Bisbee y Tombstone. Parece que el doctor Purdy ha anunciado su charla por todas partes.

—Ya te digo —murmuró Jo, buscando una silla.

Cuando el doctor Purdy apareció en el escenario, un murmullo de admiración recorrió el salón. Mientras hablaba, parecía hipnotizar a las mujeres, aunque no estaba diciendo nada nuevo. Hablaba sobre inversiones, pero Jo no oía nada que no supiera.

Cuando terminó de hablar, se dio cuenta de que las asistentes estaban decepcionadas. Incluso escuchó a alguna decir que no le interesaba nada lo que Purdy tuviera que decir y que solo había ido allí para oír su voz.

—Se parece a Cary Grant —suspiró una de ellas.

—Y tiene acento británico —intervino otra.

—Es tan elegante, tan atractivo…

—Mabel, llevas demasiado tiempo divorciada. Creí que solo habíamos venido porque no había nada interesante en la tele.

—Sí, bueno. ¿A alguien le apetece una copita en el café?

Jo se dirigió hacia Purdy, que estaba rodeado por un grupo de mujeres en el que estaban Charlotte Harris y Freida Long.

—Doctor Purdy —lo llamó. Él se volvió y la bañó con la calidez de sus ojos azules—. Su charla ha sido muy… interesante. ¿Es usted economista? —preguntó, nerviosa. Purdy le recordaba a un personaje de la radio, «La sombra», sobre un hombre que se apoderaba de la mente de los demás.

—Señorita Quillan, muchas gracias por venir —sonrió él.

—De nada.

—La verdad es que solo estoy aconsejando que hagan lo que yo he hecho con mis propias inversiones —explicó Purdy, mirando descaradamente donde no debía mirar, su escote. Case había tenido razón—. Lo que a mí me interesa de verdad es la cosmogonía.

—La cosmogonía —repitió ella, sintiendo un escalofrío en la espalda. ¡Ajá! El escalofrío. Empezaba lo bueno.

Purdy siguió hablando y Jo se quedó tan embelesada con su voz que olvidó por qué estaba allí. Durante unos segundos, sus ideas sobre la tierra y el universo parecían incluso tener sentido. Pero cuando dejó de hablar, se preguntó qué había dicho.

Nada. No había dicho nada.

Pero Harold Purdy tenía el don de cautivar a las mujeres. Era increíble, algunas de las que habían acudido al club eran mujeres de ciencia, pero ninguna parecía poner objeciones a su verborrea.

—Mañana por la noche hay una reunión en mi casa y me

gustaría que acudieras —sonrió Purdy, con aquella sonrisa de mil vatios.

—Jo, deberías escribir un artículo sobre el doctor Purdy —dijo Martha entonces.

Jo se percató de que Purdy no parecía muy contento con la idea.

—Me temo que esta semana es imposible —intervino Millie—. Tenemos todo el espacio del periódico cubierto.

—¿El periódico?

—Jo es la reportera de Calamity Falls. Millie y su marido, Don, son los propietarios del periódico —explicó Martha.

Harold Purdy la miró como si acabara de hacerle un regalo. La expresión de recelo había desaparecido de su rostro y sonreía envolviéndola en una especie de tela de araña.

—Así que eres la reportera de Calamity Falls, qué rica.

¿Rica? Jo estuvo a punto de decirle que cuando acabara con él lo dejaría convertido en un guiñapo, pero se mordió la lengua.

—Sí —se limitó a decir, con cara de boba.

Martha y Millie se miraron, extrañadas. Harold Purdy parecía estar relamiéndose.

—Me encantaría invitarte a cenar mañana por la noche, antes de la reunión —dijo, tomando su mano—. Quiero oír tus historias sobre este delicioso pueblo, pero no creo que a ti te interesen mis humildes esfuerzos por ayudar a la gente para que encuentre su sitio en el universo.

Humilde era algo de lo que Harold Purdy no sabía nada. Jo decidió que debía seguir haciéndose la tonta con aquel listo.

—¿Nos vamos a casa, Jo? —escuchó una voz tras ella.

Cuando se dio la vuelta, vio a Case mirándola con adoración.

Ya estaba otra vez con la cara de lunático. Debería ser actor.

—Sí, Case, vámonos.

—Ya sabes que me gusta acompañarte a casa, Jo. No está bien que una chica tan guapa como tú vaya sola por la calle a estas horas.

—Fíjate, cariño, dos hombres peleándose por ti —sonrió su tía Millie—. Sé que Steve te rompió el corazón, pero sigues siendo una chica muy guapa.

—Gracias, tía Millie —murmuró ella, con los dientes apretados.

Harold tomó su mano y la miró con sus intensos ojos azules.

—¿Cenamos juntos mañana? Podemos quedar a las ocho en el Flor de cactus. Luego iremosjuntos a mi casa… para la reunión.

—Buena idea —intervino Case—. En el Flor de cactus tienen una carne estupenda.

Jo se preguntó qué habría querido decir.

¿Debía aceptar la invitación? ¿Y si Harold Purdy tenía en mente algo más que hablar sobre inversiones y cosmogonía?

—Encantada —dijo por fin—. Nos veremos allí a las ocho.

—Estupendo.

—Qué suerte tiene de salir con una chica tan guapa como Jo —dijo Case entonces—. A mí solo me deja ir con ella hasta la puerta de su casa.

Harold besó su mano como gesto de despedida, sin prestarle atención al bobo de Case.

Millie y Martha suspiraron, encantadas.

—Qué hombre tan elegante —dijo Martha—. Si mi marido hubiera sido como Harold Purdy, no me habría librado de él. ¿Ves, Jo? No todos los hombres son unos canallas como Steve, que…

—Me ha roto el corazón —terminó Jo la frase. ¿Para qué iba a seguir luchando?, se decía—. Sí, es verdad. No todos los hombres son lo que parecen —añadió, mirando a Case.

Él la tomó del brazo, con su cara de bobalicón.

Cuando se habían alejado un poco, Jo intentó soltarse, pero Case se lo impidió.

—Estáte quieta. Recuerda que soy tu acompañante.

—Y yo soy una mema que tiene una cita mañana con un estafador.

—Yo no te he dicho que aceptaras.

—¿Y por qué has dicho que tienen una carne estupenda?

—Yo qué sé, por decir algo —contestó él.

—¿No era una señal para que aceptase?

—No.

Jo se soltó de un tirón y le dio un puñetazo en el estómago.

—¡Ay! ¿Qué haces? —exclamó Case, sorprendido.

—Me parece que tenemos un problema de comunicación. Le he dicho que sí porque pensaba que eso era lo tú querías.

—Yo no te he dicho que salieras a cenar con Purdy —protestó Case. No quería que saliera con aquel hombre en absoluto. La idea

de que Purdy la tocara lo ponía enfermo—. Puedes llamar por teléfono y poner una excusa.

—No pienso hacer eso —replicó ella. Quizá era una tontería, pero había aceptado y pensaba acudir. Después de todo, era una periodista profesional y podría enterarse de muchas cosas cenando a solas con él.

—No hay necesidad de cenar con Purdy…

Jo se colocó frente a él, con las manos en las caderas.

—Sí hay necesidad. Se me da muy bien sacarle información a la gente, por si no lo sabías.

—Yo no estoy cuestionando tus habilidades, solo digo que no hay necesidad de cenar a solas con él —replicó Case—. Podemos sacarle información sin que te babee encima.

A la luz de las farolas, Jo podía ver un brillo de furia en sus ojos. Sin decir nada, empezó a subir los escalones de la plaza, pero de repente se volvió y se inclinó hacia él.

—Quizá estoy interesada en algo más que en sacarle información. Quizá me apetece salir a cenar con un hombre tan educado como…

—¡Es un estafador!

—Pero también es un caballero. Y hay hombres que no saben lo que es eso —replicó ella, dándose la vuelta. Pero Case tiró de ella y aplastó su boca contra la suya.

Capítulo Siete

—¿Un caballero? Ya te enseñaré yo lo que es un caballero —murmuró Case. El beso era ardiente, poderoso. Ningún caballero la besaría así.

—Case…

—Cállate —murmuró él, apretándola entre sus brazos con fuerza.

Por una vez, Jo obedeció. Case empezó a acariciar su espalda por debajo del jersey. Tenía que tocarla, tenía que hacerla sentir lo que él llevaba cuarenta y ocho horas sintiendo. La fiebre, el deseo de estar pegado a ella. Y Jo devolvía los besos con ansia.

Había olvidado respirar, ni siquiera recordaba que debía hacerlo. En lo único que pensaba era en que el beso no terminara nunca.

Case era delicioso. Si no estuviera tan enfadada con él, podría disfrutar del beso, pensó distraídamente, mientras lo besaba con toda su alma.

—Me sacas de quicio —murmuró Case sobre su boca.

—Yo tampoco te aguanto —respondió jo, enredando los brazos alrededor de su cuello.

—Nunca haces lo que te digo.

—Y tú eres muy autoritario —dijo jo, buscando su boca. ¿Cómo podía ser tan duro y tan tierno al mismo tiempo? ¿Cómo podía ser tan delicioso que le habría gustado besarlo por todas partes y tan irritante que podría darle una patada en la espinilla?

—No vas a ir a cenar con ese imbécil —murmuró Case, levantándole el jersey. Jo tenía la piel más suave que había acariciado nunca.

—Voy a ir —murmuró ella, abriendo su camisa para acariciarlo.

Cuando deslizó las manos hacia la cinturilla del pantalón, Case cubrió su boca en un beso tan ardiente quejo pensó que iba a morir por combustión espontánea.

—Seguro que no sabes jugar al fútbol —jadeó él entonces.

—Qué?

—Perdón —murmuró Case, sacudiendo la cabeza como si intentara ordenar sus pensamientos—. Tenía que decir algo para detener esto.

—¡Pero si has empezado tú! —exclamó ella. Cuando se dio cuenta de dónde tenía las manos, las apartó apresuradamente. Sorprendida de sí misma, miró alrededor. ¿Qué habían hecho? En la calle, donde cualquiera podría haberlos visto…

Case se pasó una mano por el pelo. Por un momento, había olvidado que estaba en Calamity Falls, había olvidado lo que estaba haciendo. Incluso había olvidado su nombre.

—Vamos —dijo, tomandola del brazo—. Terminaremos esta conversación en privado.

Caminaba tan rápido que los pies dejo solo tocaban el suelo cada tres pasos. No tenía fuerzas para hablar. Cuando llegaron a su casa, Case esperó con los brazos cruzados a que ella abriera la puerta y después prácticamente la empujó dentro.

—¿Vamos a seguir discutiendo? —preguntó Jo.

—Sí —suspiró él, pasándose otra vez la mano por el pelo.

—Pues muy bien. En ese caso, necesito comer algo.

Una vez en la cocina, Jo sacó azúcar, harina y chocolate para hacer galletas. Siempre la calmaba cocinar. Y aquella noche estaba atacada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Case desde la puerta.

—Iba a hacer galletas. Siempre cocino cuando estoy enfadada.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pero la última vez, casi quemo las cortinas.

—¿Haciendo galletas?

—El mechero no funcionaba y encendí la cocina con una vela. El viento movió las cortinas y… bueno, da igual.

—Ya entiendo —murmuró Case—. Pero no hiciste galletas cuando Steve rompió contigo la otra noche y…

—Me rompió el corazón —terminó ella la frase—. Pero es que no me lo rompió —añadió después. Era raro, pero mencionar a

Steve no la había hecho sentir un nudo en el estómago—. No. Mantuve la dignidad. Vine a casa, me tomé dos copas y decidí cambiar de vida.

Case se apoyó en la puerta, sonriendo.

—Parece que los cambios acaban de empezar.

—Desde luego —replicó ella, echando harina y azúcar en un medidor.

—Si tienes hambre, ¿por qué no te preparas un bocadillo? —preguntó Case, sentándose a horcajadas sobre una silla. Le gustaba verla enfadada. Le gustaba verla. Punto.

—Muy bien. ¿Tú quieres uno?

—Sí, gracias. ¿Puedo ayudarte?

Después de indicarle dónde estaban el pan, el jamón y la lechuga, Jo sacó refrescos de la nevera. Unos minutos después, estaban comiendo un bocadillo sentados uno frente al otro.

—Hay una cosa que tenemos que aclarar —dijo ella entonces, amenazándolo con un pepinillo.

—¿Qué cosa? —sonrió Case.

—Ese beso ha sido un error. Lo complica todo.

—Ya.

—Vamos a trabajar juntos. Somos socios, nada más.

—¿Nada más?

—Nada más. Todo el mundo sabe que cuando trabajas con alguien en un caso peligroso,, el riesgo puede lanzarte a mantener una aventura. Pero debo informarte ahora mismo de que eso no va a pasar entre nosotros —dijo Jo. Case la escuchó sin interrumpirla.

¿Por qué no decía nada? Seguro que estaba tramando algo—. Aunque debo admitir que eres muy atractivo —añadió. Él levantó una ceja y el gesto la puso aún más nerviosa—. Y que no besas mal.

—Gracias, Jo. Tú tampoco.

—Lo que quiero decir es que esto no puede repetirse.

Case se inclinó hacia ella y la miró a los ojos.

—Pues no me provoques.

Jo iba a decir que ella no había provocado nada, pero decidió dejarlo pasar.

—Vale.

Case no quería decirle cuánto le gustaba. Tenía que admitirlo, aunque no le hacía gracia. Le gustaba todo en ella, desde el pelo

color chocolate a los ojos verde mar. Era una mujer inteligente, divertida y testaruda y sabía que sería feliz cuando consiguiera un puesto en algún gran periódico, investigando casos peligrosos, sin duda. La idea de que Jo se pusiera en peligro hizo que su corazón diera un vuelco.

Case terminó su bocadillo, se levantó bruscamente y empezó a colocar las cosas en su sitio. Jo lo miró, sorprendida.

—Qué ordenado.

—Vivo solo —dijo él, encogiéndose de hombros. Vivía solo. Estupendo. No había ninguna mujer en su vida, pensó Jo—. Además, tengo tres hermanas mayores que me enseñaron a limpiar, a cocinar y hasta a cambiar pañales.

—Uy, por Dios. El hombre de mis sueños.

Case sonrió, pero lo del «hombre de mis sueños» le había llegado al corazón.

—No tienes por qué salir con Purdy —dijo, sentándose de nuevo.

—Puede que me entere de algo importante.

—Nos enteraremos en la reunión de mañana. Sugiero que vayamos juntos —dijo él, intentando parecer razonable.

—Todo el mundo sabe que acabas de llegar a Calamity Falls y que yo rompí con Steve hace un par de días, así que no podríamos engañar a nadie.

—Steve te rompió el corazón y yo te estoy consolando.

—Sí, ya, pero si te sigues haciendo el memo, nadie va a creer que estoy contigo —sonrió ella.

—Me parece que Purdy piensa que tú tampoco eres muy lista. ¿Recuerdas lo que dijo cuando se enteró de que trabajabas en el periódico? «Qué rica».

—Eso da igual —dijo Jo, incómoda—. Si llamo para cancelar la cita, sospechará que pasa algo.

—Como qué?

—No lo sé, pero no pienso cancelar la cena, lo siento —replicó ella, cruzándose de brazos.

Case se levantó, enfadado.

—Mira que eres cabezota.

—Por eso soy una buena periodista.

Al menos, eso esperaba, pensaba Jo. Nunca había estado en una

situación como aquella. Tenía mariposas en el estómago, pero Case no parecía darse cuenta.

Hubiera deseado que él aprobase su decisión. Una bobada, porque nunca había necesitado la aprobación de ningún hombre, pero la de Case era importante para ella.

Debía tener cuidado, pensó entonces, observándolo pasear por la cocina. Si no, acabaría enamorándose de él.

Imposible. ¿Cómo iba a enamorarse de un hombre al que había conocido dos días antes?

—Bueno, veo que no voy a convencerte, así que será mejor que hagamos un plan —suspiró Case por fin—. Y ni si te ocurra ponerte el vestido negro que no tiene nada donde debería estar la espalda.

—Nunca me pondría ese vestido para cenar en el Flor de cactus.

—Dónde lo has comprado?

—En Phoenix. Es un disfraz de Morticia Adams. Me lo puse en Halloween.

—Pues no te lo pongas para salir con Purdy.

Era imposible que estuviera celoso, pero lo parecía.

—No te preocupes. No pretendo que se me tire encima —sonrió ella—. ¿Voy a llevar un micrófono escondido?

—Qué manía con el micrófono —suspiró Case—. No, no vas a llevar nada de eso. No he traído ninguno.

—¿Y qué clase de investigador va sin micrófono por la vida?

—Uno que no quiere ser detenido por escuchas ilegales.

—Entonces, tendré que llevar mi propia grabadora…

—¿Tú crees que Purdy es tonto? —la interrumpió Case.

—Me refiero a una grabadora normal. Soy periodista y quiero grabar nuestra conversación para escribir un artículo.

—No te ha invitado a cenar para que lo entrevistes. Solo quiere embelesarte para que no hables de él en el periódico, Jo. ¿Crees que se ha librado de la cárcel durante tanto tiempo dando entrevistas?

—Bueno, le preguntaré de todas formas. Si me dice que no, no hay entrevista.

—¿Siempre te sales con la tuya? —suspiró Case.

—¿Dónde estarás tú mientras yo ceno con Purdy?

«Planeando cómo asesinarlo si te toca», pensó él.

—Por ahí. Nos veremos en su casa —dijo Case, levantándose—. Y recuerda que estás haciendo un papel.

—Lo recordaré —prometió ella. Case se quedó parado en la puerta un momento, como si fuera a decir algo—. ¿Qué?

—Ten cuidado. Puede que Purdy sea más peligroso de lo que creo. Y recuerda, no te pongas nada demasiado provocativo.

—Además del vestido negro, no hay nada demasiado provocativo en mi armario —sonrió Jo.

Case pareció a punto de decir algo, pero cambió de idea.

—Mejor. No quiero que piense que va a meterse en tu cama.

Después de decir eso, salió de la casa tan tranquilo.

Jo se levantó de la silla y abrió la puerta, furiosa.

—¡Oye! Yo puedo cuidar de mí misma.

Case ni siquiera se volvió. Mejor, pensó Jo cerrando la puerta con llave.

No sabía qué debía esperar, pero confiaba en no tener que pasar toda la cena quitándose a Purdy de encima. No, pensó. Él era un charlatán, no un sobón. A pesar de todo, le hubiera gustado que Case fuera con ella. Incluso con cara de tonto.

Jo respiró profundamente. Una periodista profesional no se ponía nerviosa. Ni siquiera frente a un investigador alto, moreno y de ojos negros.

Y si se decía eso muchas veces, acabaría creyéndoselo.

—Mi profesor fue Ralph Twicklesworth, cuyas ideas sobre el universo y el ser humano son vastamente conocidas.

—¿Ah, sí? —sonrió Jo. Por el momento, la cena iba bien. Había hecho caso de los consejos de Case y se había puesto una falda negra y una blusa blanca abrochada hasta el cuello. Y Harold se estaba portando como un caballero.

Todo en él era perfecto. No tenía un pelo fuera de su sitio, vestía de forma impecable, llevaba un Rolex auténtico y tenía la voz de un ángel.

Entonces, ¿por qué tenía que hacer un esfuerzo para que no se le cerraran los ojos?

—Sus teorías son fascinantes.

—Pero yo no conozco las teorías del doctor Twicklesworth. ¿Por qué no me hablas de ellas? —sonrió Jo, sacando la grabadora del bolso—. Supongo que no te importará si lo grabo. Son tantos datos

que no podría retenerlos en la cabeza.

Harold Purdy le regaló una sonrisa que podría haber hecho hervir la salsa de soja con la que estaba regando su filete.

—Mejor no —murmuró, mirándola a los ojos como si estuvieran solos en el restaurante. Yen el mundo—. Esos aparatos electrónicos roban la intimidad de este encuentro.

¿Intimidad? Jo tragó saliva.

—Tienes razón, Harold.

Él volvió a echarse hacia atrás en la silla y empezó su monólogo sobre las teorías del doctor Twicklesworth. Resignada, Jo intentó comer su pollo al limón, mientras aparentaba interés.

En ese momento, un hombre entró en el restaurante. Era un anciano muy alto con barba blanca y el pelo muy largo, que miraba el menú acercándoselo mucho a los ojos.

—Debo admitir que la mía es una vida solitaria —estaba diciendo Harold en ese momento—. He pasado muchos años de acá para allá, intentando ayudar a la gente.

—¿Dando consejos sobre cómo invertir dinero?

—Eso y otras cosas.

—Háblame de ello —dijo jo, mirando al anciano. En Calamity Falls todo el mundo era un poco raro, pero aquel hombre era extremadamente peculiar, aunque no hubiera podido decir por qué. Quizá porque tenía mucho pelo. Mientras Harold empezaba de nuevo su relato; Jo vio por el rabillo del ojo que el anciano peludo sacaba un cuaderno del bolsillo—. ¡Oh! —exclamó, atragantándose. Jo empezó a escupir granos de arroz y Harold se levantó de un salto para que no le manchara la chaqueta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, dándole un golpecito en la espalda.

Jo tomó un trago de agua.

Todo el mundo estaba mirándola, incluido el anciano que le guiñó uno de sus ojazos.

Case Houston. No debería haberla pillado por sorpresa. No confiaba en ella y había ido al restaurante para tomar notas. Que anotase todo lo que quisiera. Pero después de la cena, iba a decirle cuatro cosas.

Harold le aseguró a todo el mundo que no pasaba nada y después miró al anciano peludo con cierto recelo.

Alarmada, jo empezó a darse golpecitos en el pecho y, por un extraño giro del destino, varios botones de la blusa se desabrocharon.

—Ya estoy bien, Harold —dijo con un tono tan seductor como el de Marilyn Monroe. Case la miró como si estuviera a punto de saltar sobre ella para abrocharle la blusa, pero Harold le regaló una sonrisa más amplia que nunca—. Qué susto —susurró, abanicándose con una servilleta—. Menos mal que tú estabas conmigo. Prácticamente me has salvado la vida.

Él levantó una mano, en un gesto de humildad.

—Por favor, ni lo menciones. Es un honor para mí ayudarte cuando me necesitas.

—¿Podrías hacerme otro favor?

—Cualquier cosa.

—¿Te importa pedirle a la camarera un vaso de agua con hielo? Con mucho hielo. Me siento… sofocada —murmuró jo, pasándose un dedo por el escote. Como por arte de magia, otro botón de la blusa se desabrochó.

A Harold prácticamente se le salieron los ojos de las órbitas.

—Desde luego —murmuró, volviéndose para buscar a la camarera. Mientras lo hacía, jo le hizo un gesto de desdén a Case y él replicó levantando una ceja peluda.

Cuando llegó el agua, jo sacó un hielo y se lo pasó por la garganta.

—Sigue contándome cosas, Harold.

Capítulo Ocho

¿Qué hombre podría resistirse ante una mujer tan entregada? Jo se percató de que había tocado la tecla adecuada. Harold estaba intentando impresionarla y era muy posible que hubiera bajado la guardia. Por encima del hombro de Harold podía ver a Case escribiendo furiosamente en su cuaderno.

Esperaba que aquello sirviera para la investigación y, en cualquier caso, serviría para documentar su artículo sobre Harold Purdy.

Pero seguía irritándola que Case estuviera tomando las notas que ella, la periodista, debía tomar.

Jo y Harold terminaron de cenar durante su monólogo. La asombraba que alguien pudiera comer y hablar al mismo tiempo. Debía haber practicado frente al espejo durante años.

Por su parte, Jo no tenía ninguna experiencia haciéndose la tonta y tenía que recordarse a sí misma que debía mirarlo con gesto de embeleso, humedecerse los labios de vez en cuando, chupar provocativamente un hielo e inclinarse sobre la mesa cada vez que tomaba el vaso para que Harold pudiera echar un vistazo a su escote. Era agotador. Si tuviera que hacer aquello todos los días, tendría que echarse una siesta antes.

Mientras tomaban té, Harold clavó en ella sus ojos azules.

—tY tú, Jo? Debe de ser difícil para una mujer de tu inteligencia estar recluida en un pueblo tan pequeño.

—Pues sí —suspiró ella.

—Dudo que haya muchos hombres que sepan apreciar lo que vales —siguió Harold, con los ojos clavados en su blusa.

—No tienes ni idea de lo duro que es, Harold. Por eso es maravilloso conocer a alguien como tú.

Case miró al techo, pero Jo lo ignoró olímpicamente.

—Especialmente ese Steve. Dejarte de esa forma… qué canalla.

—Me dolió mucho —dijo Jo, con los dientes apretados. Si alguien volvía a hablar de Steve, iba a haber muertos, pensó.

—Pobrecita —susurró Harold, tomando su mano—. ¿Y ese chico, ese que parece un poco… perdona que te lo diga, un poco lelo?

Jo suspiró ruidosamente.

—En Calamity Falls todo el mundo es un poco peculiar, pero Case es un caso especial. Ha venido aquí para intentar olvidar su obsesión por… —Jo no terminó la frase, como si le diera vergüenza hacerlo.

—¿Qué obsesión? —la animó Harold, acariciando su mano.

—Verás, Case tiene miedo de… las mujeres. Sabe que hay ciertas cosas que una mujer desea en un hombre y… él sabe que no está a la altura.

—Qué terrible —murmuró Harold, prácticamente arrancándole la piel de los dedos.

—No tienes ni idea —suspiró Jo. Case lanzó sobre ella una mirada furiosa.

—Eres una mujer maravillosa por intentar ayudarlo. Quizá necesita una… operación. Ahora esas cosas pueden solucionarse en un quirófano.

—¿Tú crees? Me alegro porque Case está tan obsesionado con su… —Jo cerró los ojos, como si no pudiera soportar lo que tenía que decirvello facial.

Harold la miró, sorprendido. Case, atónito. Y ella sonreía dulcemente.

—¿Vello facial? ¿Obsesionado con mi vello facial?

Estaban frente a la casa de Purdy. Jo iba a entrar con el resto de los invitados cuando Case había surgido de la oscuridad.

Se había quitado el disfraz de anciano y llevaba los vaqueros negros y una cazadora.

—No se me ocurrió otra cosa.

—Pues la próxima vez, piensa un poco más —dijo Case, pasándose la mano por el mentón—. Ya te dije que no querría que

grabaras la conversación. No le gusta dejar pruebas.

—¿Y por eso apareciste con tu cuaderno? —preguntó ella, irónica—. No me hacías ninguna falta, Case Houston. Lo estaba haciendo muy bien yo solita.

—¿Ah, sí? ¿Recuerdas todo lo que ha dicho?

Jo no contestó. Por supuesto que no podía recordarlo todo. Harold Purdy había mencionado docenas de sitios y docenas de nombres.

—Hacía lo que podía.

—Ya, pero yo tengo una lista de todos los sitios que ha mencionado y puedo comprobar los datos mañana por la mañana.

—«Tenemos» una lista. Si piensas que esto es cosa tuya…

—No pienso eso. Y menos ahora que estamos acercándonos a la verdad.

—Si estaba diciendo la verdad —dijo Jo.

—Cariño, ningún hombre mentiría si tuviera la posibilidad de acostarse contigo —replicó Case, furioso.

—¿Acostarse conmigo? ¡Por favor!

—¿Ah, no? Entonces, ¿para qué te desabrochaste la blusa? —exclamó él, poniendo cara de bobo—. Harold, estoy tan sofocada —repitió, imitándola—. ¿Te importa echarme un hielo aquí, entre los pechos?

—¡Yo no dije eso! Y para tu información, lo que estaba haciendo era intentar que no se fijara en ti.

—No me habría reconocido. Iba perfectamente disfrazado.

—Ya. De perro de lanas.

—Mira quién habló, «la reina del pantalón por las rodillas».

—Pues se te ha olvidado quitarte parte del disfraz, guapo —replicó Jo, tirando de sus pobladas cejas.

—¡Ay!

—¿Qué has hecho? ¿Pegártelas con pegamento?

—Sí.

—Pues a ver cómo entramos ahora a la reunión. Purdy se dará cuenta.

—En realidad, nos viene bien —dijo Case—. Pensará que es por esto por lo que estoy obsesionado con mi «vello facial».

Jo contuvo una sonrisa.

—Agáchate, anda. Voy a ver, si puedo despegártelas.

Case obedeció y Jo empezó a tirar.

—¡Ay! Lo estás haciendo a propósito.

—No seas niño. Un investigador como tú debería saber ponerse unas cejas falsas sin tener que arrancarse después la piel a tiras.

—Nunca he tenido que disfrazarme. Esto es muevo para mí. Todo es nuevo para mí desde que te conocí.

—Espero que eso sea un cumplido —dijo Jo, dando un último tirón.

—Jo, ¿eres tú? —escucharon una voz. Un segundo después, una mujer bajita vestida con un mono se acercaba a ellos.

—Hola, Starina.

—¿Qué pasa? ¿Este hombre está aprovechándose de ti? —preguntó Starina, levantando una barra de hierro que llevaba en la mano.

—No, Starina, no pasa nada. Es un amigo.

Ah, vale.—¿Has venido a oír la charla de ese mentiroso? —preguntó la mujer, señalando la casa de Purdy.

—Sí —contestó Jo—. ¿Por qué crees que es un mentiroso?

—Porque he hablado con él. No sabe una palabra de ciencia.

—¿Qué más sabe sobre él? —preguntó Case.

—De su casa salen ruidos muy raros por las noches.

—¿Qué clase de ruidos?

—Como si estuviera tirando paredes —contestó Starina—. Pero el tipo ni siquiera tiene herramientas. El otro día me pidió un pico.

Case y Jo se miraron. En ese momento, Charlotte la llamó desde la puerta.

—¿Jo? ¿Vienes a la reunión o no?

—Sí, ya voy.

—Bobos —murmuró Starina, dirigiéndose hacia su casa.

—Qué emocionante, ¿verdad? —dijo Charlotte antes de entrar en la casa.

—Mucho —murmuró jo, comprobando que las cejas de Case tenían un aspecto casi normal—. Tienes que poner cara de tonto.

Cuando entraron en la casa, Case descubrió que solo estaban ellos, Charlotte y Freida, Cedric y cuatro personas más.

Quizá Purdy solo necesitaba un pequeño grupo de seguidores a los que sacar el dinero, pensó mientras buscaba asiento. Pero era raro que no hubiera alquilado una casa más grande. Por experiencia

sabía que los estafadores solían dar la imagen de hombres de éxito y aquella casa era demasiado pequeña, demasiado sencilla. Case no sabía qué clase de estafa estaba planeando, pero sabía que buscaba dinero. Los estafadores siempre buscan dinero.

Y también sabía que Charlotte, Freida y Cedric tenían dinero. Si el resto de los asistentes también eran ricos…

Tendría que preguntarle ajo después de la reunión. Si ella le dirigía la palabra, claro. Quizá no debería haber ido al restaurante, pensó entonces. Había herido su orgullo.

Se decía a sí mismo que había ido porque estaba seguro de que Purdy no le permitiría grabar la conversación, pero la verdad era que había estado preocupado por aquella cena durante todo el día.

Cuando se volvió para mirar ajo, vio que había vuelto a abrocharse los botones de la blusa y se alegró. En el restaurante, había estado a punto de tirar un vaso de agua fría sobre los pantalones del doctor Purdy, el de los ojos de búho.

Case se prometió a sí mismo que hablaría muy seriamente con ella sobre sus tácticas de `Pmme fatale cuando terminase la reunión.

En ese momento, Purdy levantó los brazos.

—El universo no es lo que nos han hecho creer. Hay mucho más de lo que el hombre ha soñado nunca —empezó a decir, con voz de trueno—. La tierra no es redonda como dicen. Es cóncava.

Case y jo se miraron. Pero los demás seguían escuchando con mucho interés. ¿Nadie iba a reírse?, se preguntó jo, sorprendida. Todo lo contrario. Freida miraba a Harold con la expresión de una mujer.., enamorada. Jo se preguntó entonces si Case habría mirado así a alguna mujer.

Seguramente. Un hombre de treinta años debía haber tenidoo experiencias amorosas. ¿Cómo sería Case enamorado? ¿Le enviaría flores? ¿Qué clase de amante sería? ¿Lento y considerado o rápido y egoísta?

No, eso no podía ser.

Poco después, Purdy dio por terminada la reunión y los invitó a volver al día siguiente.

—Espero verte mañana —dijo, dándole un golpecito a Case en la espalda—. Tú eres la clase de hombre que debe ocupar un lugar importante en el mundo. Yno te preocupes —añadió, en voz baja—. Te crecerá la barba cualquier día de estos.

Jo tuvo que contener una carcajada.

—Gracias, doctor Purdy. No sabe cuánto agradezco que alguien como usted se tome interés en mí —dijo Case con su mejor cara de lelo.

—Ah, Jo —dijo Purdy, tomando su mano—. Espero que podamos volver a cenar cualquier día de estos. Ha sido una noche que nunca olvidaré.

—Yo también lo he pasado muy bien, Harold —sonrió ella, retomando su papel de mujer embobada. Y para ello, lo mejor era respirar profundamente hasta que los botones de su blusa parecieron a punto de estallar—. No creo que pueda dormir esta noche. He oído tantas cosas interesantes que las ideas… golpean mi cerebro una y otra vez. Estoy deseosa de volver.

Case miró al cielo, exasperado.

Detrás de Harold, Jo vio a Freida observándolos con expresión triste y sintió remordimientos. La pobre mujer estaba enamorada de aquel estafador y no podían contarle que lo era.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Case, tirando de su brazo. Pero Harold no había soltado su mano y, por un momento, Jo pensó que entre los dos iban a partirla por la mitad.

Una vez en la calle, Case la tomó por la cintura y la llevó a paso ligero hasta su casa.

—¿Las ideas golpean tu cerebro una y otra vez? ¿Estás deseosa de volver?

—¿Y qué iba a decir? —replico Jo, intentando soltarse—. ¿Qué querías que dijera? ¿Que sabe¡nos que es un estafador y vamos a meterlo en la cárcel?

—No seas ridícula.

—El que está siendo ridículo eres tú.

Hicieron el resto del camino a casa en silencio, enfadados y, cuando llegaron a casa, Jo abrió la puerta y entró, sin esperarlo.

—¿Vamos a discutir? —suspiró él desde el porche.

—Sí.

—Ninguno de los dos tiene hambre, ¿verdad?

—No —contestó ella, cruzándose de brazos. Case tuvo que sonreír. Parecía una esposa a punto de echarle la bronca a su marido… ¿Esposa? La sonrisa de Case desapareció.

—Podríamos ahorrarnos la pelea y decidir qué vamos a hacer

con Purdy.

—¿Vamos?

—Sí, «vamos». Lamento haber ido al restaurante sin avisarte, Jo —se disculpó él. Jo parpadeó, sorprendida—. Olvidaré lo de mi obsesión por el vello facial si tú me prometes una cosa.

—¿Qué?

—Nada de femme fatale. No más exhibición de tus… atributos femeninos.

Jo sonrió. Por alguna razón, le encantaba que él se pusiera nervioso.

—De acuerdo —dijo, dejándose caer en el sofá.

—Muy bien —asintió Case, sentándose a su lado—. Tenemos que investigar lo que Starina nos ha contado.

—Podemos hablar con ella mañana.

—¿Vas a ir a la reunión de Harold?

—Sí, pero creo que debería ir sola.

—¡De eso nada! —exclamó Case.

—Lo que he conseguido haciéndome la tonta esta noche es que Harold Purdy baje la guardia. Piensa que haré todo lo que me pida. Además, puede que crea que soy una tonta rica.

—¿Y qué ibas a estar haciendo en Calamity Falls?

—¿Y por qué no? Le he contado que vine a ayudar a mi tío en el periódico. ¿Por qué no voy a tener dinero en el banco? Insisto, creo que es mejor que vaya sola.

Case la miró durante unos segundos, sin decir nada.

—No me gusta. Su comportamiento no concuerda con los estafadores a los que estoy acostumbrado.

—Tienes alguna sugerencia?

—No —admitió Case—. La verdad es que no. Jo esperó que él dijera algo más, pero Case se quedó mirando el suelo, pensativo. —Podemos encontrarnos después de la reunión y te contaré qué ha pasado.

El se levantó del sofá.

—¿Quieres que venga a buscarte aquí mañana o prefieres que vaya al periódico? Me refiero a mañana por la mañana, para hablar con Starina.

—Aquí —contestó ella—. Le he dicho a mi tío que estoy trabajando en un artículo y me he tomado un par de días libres.

—Muy bien —dijo Case, dirigiéndose a la puerta.

—Case, estás de acuerdo en que debo ir sola mañana, ¿verdad? Aunque Harold cree que eres medio tonto, hablará con más libertad si estoy sola.

—Sí —murmuró él—. ¿Qué vas a ponerte? —Por qué estás tan obsesionado con mi ropa? —exclamó Jo.

—No es tu ropa, es tu cuerpo —replicó él, tomándola en sus brazos. Case la besó y Jo sintió que sus huesos se derretían. Pero, de alguna forma, encontró fuerzas para enredar las manos alrededor de su cuello y devolverle el beso—. No quiero que Harold te mire. No quiero que nadie te mire.

—¿Case? ¿Qué quieres decir? —preguntó ella, atontada. Mientras esperaba la respuesta, le dio un par de besos por su cuenta.

—No seas tonta. Eres periodista. Tienes que saber que quiero hacerte el amor —susurró él, quemándola con sus labios. Una y otra vez. Jo se sentía halagada, emocionada. Pero aquello no podía ser amor. Una semana antes, había creído estar enamorada de Steve. Desear no era lo mismo que estar enamorada—. Y hasta que pueda hacerte el amor, hasta que estés preparada para mí, no quiero que Purdy te mire.

—Case… esa es una forma muy rara de… no entiendo nada.

—Llámame anticuado, si quieres. ¿Tienes algún disfraz de monja? Podrías contarle a Purdy que has decidido ingresar en un convento.

—Estás loco —rio Jo.

—Podría decir que tú me vuelves loco, pero es un cliché. Aunque cierto.

—Y yo podría decir que tus besos me hacen perder el sentido, pero también es un cliché asqueroso.

—Sí, ¿pero es verdad?

Jo suspiró.

—Sí. Podría escribir un artículo sobre tu forma de besar.

—¿Beso mejor que Steve? —Mucho mejor.

—Estupendo. Pero no quiero que intentes averiguar cómo besa Purdy.

—¿No?

—No podrías seguir con la investigación. Sus besos anularían tu

objetividad.

Ella iba a protestar, pero Case volvió a besarla.

—Nunca me he preocupado tanto por una mujer, jo… —Case se apartó y se pasó una mano por el pelo—. No quiero perder la objetividad.

Por qué tiene que pasarme esto contigo?

—Case, yo…

—Nuestras vidas son completamente opuestas. 0 lo serán cuando consigas trabajar en un gran periódico.

—Case, no es lo que crees… —empezó a decir ella.

—Tienes que tener cuidado con Purdy y yo tengo que descubrir qué está tramando. Eso es lo que tenemos que hacer. Y nada más —la interrumpió Case, abriendo la puerta—. Hasta mañana.

—Pero yo…

Case desapareció y Jo murmuró una palabra ¡»uy poco delicada. Aquel hombre era imposible. ¿Por qué no podían tener un futuro juntos? Jo se cubrió la cara con las manos. Tenía que dejar de hacer el idiota y admitir que estaba enamorada de Case.

Él no iba a acostarse con ella aunque su traidor cuerpo se lo estuviera pidiendo a gritos. Case no iba a hacer promesas que no pudiera cumplir.

Jo sabía también que no iba a poder convencerlo de que su sueño de trabajar en un gran periódico no era lo que él imaginaba. Su única esperanza era poder demostrárselo.

Capítulo Nueve

En aquel pueblo lleno de excéntricos, Starina Simms podía ganar el primer premio. Jo y él estaban en su taller, observando la máquina del movimiento perpetuo y ella les explicaba cómo funcionaría cuando estuviera terminada.

—Parece otra máquina desde la primera vez que la vi —dijo Jo, con admiración—. Tiene más tubos y muchos más cables.

Case la miró, sorprendido. Por su tono, parecía estar hablando de la hija de Starina. El no era mecánico, pero estaba seguro de que aquello era cosa de locos.

—La he perfeccionado —dijo la mujer, vestida con su perpetuo mono de trabajo—. Me queda muy poco para patentarla.

—Señora Simms, ¿para qué vale esta máquina? —preguntó Case.

—No suelo hablar con profanos, señor Houston.

—Pero…

—Case, a Starina solo le gusta hablar del asunto con sus colegas —lo interrumpió Jo.

—¿Qué colegas?

—Starina es doctora en ingeniería mecánica.

Case miró a la diminuta mujer, sorprendido.

—Pero estaba harta de construir aviones. Por eso vine a vivir a Calamity Falls. Este es mi sitio.

—Vaya, me ha dejado sin habla —murmuró Case. Quizá había juzgado a los habitantes de Calamity Falls con dureza. Quizá muchos de ellos eran genios después de todo.

—Hemos venido para hablar del doctor Purdy, Starina. ¿Qué puedes contarnos de él?

—No sé qué está haciendo ahí dentro, pero parece que está tirando paredes. Y te garantizo que al propietario de la casa, Rick

Morales, no va a hacerle ninguna gracia.

—Si está haciendo alguna remodelación, supongo que le habrá pedido permiso.

—Rick Morales está de pesca y no se ha llevado el móvil. Lo sé porque yo misma he intentado llamarlo —explicó Starina.

Case se acercó a una ventana desde donde podía ver la puerta de la casa de Purdy.

—Jo va a asistir a otra de esas reuniones esta noche y a mí me gustaría echar un ojo. ¿Te importa si vengo a tu taller?

—Claro que no —contestó la mujer—. Te haré una demostración de mi máquina mientras estás aquí.

—¿Y no sería mejor tener la máquina terminada antes de hacer una demostración? —preguntó Jo, asustada—. Acuérdate de que el mes pasado tuvieron que venir los bomberos.

—¿Los bomberos?

—La máquina explotó —explicó Jo.

—Dos veces —dijo Starina.

—Sí, pero el segundo incendio fue muy pequeño —dijo Jo, comprensiva.

—Eso es verdad. No sé por qué tuvieron que venir los bomberos. Yo podría haber apagado el fuego con un extintor —asintió la mujer —. Además, la explosión me mostró en qué me había equivocado. No hay mal que por bien no venga.

Cuando se despidieron de Starina, esta sacó un destornillador del bolsillo y se puso a trabajar.

—Una mujer sorprendente —sonrió Case.

—Sí. Casi todo el mundo en Calamity Falls es sorprendente —suspiró Jo—. Por cierto, no me ha molestado que quieras vigilarme esta noche.

—¿No?

—Estamos trabajando juntos, pero tenemos tm objetivo diferente.

En aquel caso y en la vida, pensó Case con tristeza.

—Es verdad.

Jo llevaba una falda marrón por los tobillos y la tela rozaba su piel con un sonido que a Case le recordaba el de dos cuerpos revolcándose entre unas sábanas de percal.

¿Por qué pensaba esas cosas? ¿Le pasaría a Jo lo mismo?

Cuando lo besaba, parecía querer meterlo dentro de su cuerpo. El recuerdo hizo que sintiera un escalofrío.

Tenía que calmarse, pensó. Además, era a él a quien habían contratado para seguir los pasos de Purdy. Y, por el momento, lo único que podía contarle a Estelle Long era que su madre estaba enamorada de un embaucador y que si Freida le había dado dinero, podía darlo por perdido.

Case había hablado con Rex Killian, el jefe de policía, pero le había dicho que nadie había puesto denuncia alguna y que las charlas sobre si la tierra es redonda o cuadrada eran relativamente frecuentes en Calamity Falls. No tenían nada contra Harold Purdy.

—No estarás preocupado, ¿verdad? —preguntó Jo.

—Por Purdy? No creo que sea peligroso.

—Me refería a estar unas horas en el taller de Starina —rio ella.

—Podré soportarlo.

—Sí, pero ¿tienes un traje de amianto?

Case soltó una carcajada.

—Vamos, enséñame lo que vas a ponerte esta noche.

—Ah, estáss aquí —sonrió Purdy, tomándola por la cintura—. Llegas la última, como las estrellas. ¿Dónde está tu amigo?

—No ha venido —contestó jo—. Case no puede entender tu mensaje.

—Me alegro de que no haya venido, querida.

Jo suspiró.

—Desde que te conocí, creo que entiendo mejor a los hombres, Harold. Steve me rompió el corazón, pero tú has renovado mi fe en los seres humanos. Quiero decir, que tú nunca te aprovecharías de mí, como hizo Steve.

—Claro que no —murmuró Harold, deslizando la mano hacia arriba.

Un centímetro más y jo estaba dispuesta a partirle los dedos.

—Había pensado que esta noche podríamos hablar. Me quedé impresionada durante tu charla sobre inversiones. Solo tengo ahorrados unos miles de dólares, pero me encantaría escuchar tus consejos.

Los ojos azules de Purdy brillaron, codiciosos.

—Yo puedo decirte dónde puedes invertirlos.

Jo rio con una risa muy Marilyn Monroe y Harold la llevó casi en volandas hasta el salón.

Mientras observaba desde el taller,. Case se debatía entre matar a Purdy o darle unos azotes a Jo.

—Esto estará terminado en cinco minutos, Case —dijo Starina—. Solo tengo que hacer unas mediciones de última hora.

—Estupendo —murmuró él, distraído—. Estoy deseando verlo.

—Esta máquina va a revolucionar la industria.

Case asintió y volvió a su vigilia.

Jo se quedó asombrada al ver que los únicos asistentes a la reunión eran Charlotte, Freida y Cedric.

—He decidido concentrarme en mis auténticos acólitos —explicó Harold—. Solo aquellos que están abiertos a la verdad han sido invitados esta noche. Espero que podáis ayudarme a extender el mensaje de la cosmogonía.

—Desde luego que sí, Harold.

Jo se apartó e intentó decirle a Freida con la mirada que no se preocupase, que a ella no le interesaba Purdy, pero la mujer la miró con cara de pocos amigos.

—Seguidme. Voy a enseñaros algo —dijo Harold, llevándolos a través de un pasillo. Pasaron por delante de varias habitaciones y Jo se quedó sorprendida al ver que todas estaban vacías. En la última habitación, la que miraba directamente hacia la montaña, Purdy se detuvo—. Aquí está. Este es el sitio que llevo años buscando. Y por fin lo he encontrado, justo en esta habitación. Aquí, en Calamity Falls, Arizona.

Los cuatro se quedaron boquiabiertos cuando Harold señaló una puerta.,

—Es un armario —murmuró Freida.

—No es solo un armario, generosa Freida —corrigió Harold—. Es nuestro futuro.

Después, abrió la puerta dramáticamente. Olía a humedad. Harold había tirado la pared y frente a ellos se abría un agujero

negro.

—Es un túnel —murmuró Jo—. ¿No es la mina de Skinner?

—Sí. He descubierto que este es el centro exacto de Arizona. Este lugar nos protegerá cuando el mundo se derrumbe.

—¿De verdad? —preguntaron Freida y Charlotte al mismo tiempo.

—Vaya —murmuró Cedric, nervioso.

—Madre mía —suspiró Jo.

—¿Qué demonios están haciendo? —gruñó Case—. ¿Por qué no salen de una vez?

—Ya casi está lista —dijo Starina, demasiado ocupada con su máquina como para prestarle atención.

Case se volvió y la observó apretar botones. Estaba colorada de la emoción. El motor de la máquina se puso en marcha con una especie de rugido y Starina casi se puso a dar saltos de alegría.

Case miró la máquina, aprensivo. Esperaba que aquella mujer supiera lo que estaba haciendo.

—Pero hay un problema —dijo Harold, muy serio.

—¿Cuál? —preguntó Charlotte.

Ya está, pensó jo. «Ahora es cuando nos pide dinero».

—No soy el propietario de la casa —dijo Purdy, levantando las manos dramáticamente—. He buscado por cielo y tierra para encontrar este sitio. El sitio en el que los hombres podrán volver a ser hombres sin avergonzarse y las mujeres conocerán su auténtica fuerza.

Jo miró al cielo.

—Un momento, Harold. No entiendo…

—No puedo traer aquí al resto de las almas, mis hermanos, los creyentes como vosotros.

—¿Por qué no? —preguntó Charlotte.

—Siento decir que no podemos construir el refugio porque yo… quiero decir, nosotros, no somos los propietarios de la casa.

—Yo podría darte dinero, Harold —dijo Freida—. Ya te lo he ofrecido otras veces y nunca has querido aceptarlo.

—Es un hombre orgulloso, aunque humilde —asintió Charlotte.

—Pues yo llevo el dinero aquí —dijo entonces

Freida, mirando ajo. Y ella entendió inmediatamente que la pobre había llevado su dinero para recuperar la atención de Harold —. ¿Cuánto necesitas? Eres un hombre tan, bueno, tan cariñoso, tu mensaje debe ser conocido por el mundo entero.

—Yo también tengo dinero —intervino Charlotte—. Está guardado debajo de mi cama, pero no tardaré nada en ir a buscarlo.

—A mí tampoco me importaría aportar algo —dijo Cedric.

Cuando Freida abría su bolso y los otros dos ingenuos intentaban salir de la habitación, jo se colocó delante de la puerta.

—¡Un momento! ¿No os parece que deberíais saber algo más antes de darle vuestros ahorros?

—¿Qué más quieres saber?

—Para empezar, si está diciendo la verdad.

—Querida, tú sabes que mi mensaje es la única verdad —dijo Harold. Pero su expresión había cambiado. Ya no era el Harold tierno y amable y en sus ojos había una expresión peligrosa.

—Estás mintiendo, Harold Purdy —replicó Jo—. Lo único que quieres es el dinero de esta pobre gente.

—¡Jo! —exclamó Charlotte—. Eso no es verdad.

—Claro que no —dijo Freida—. Si quisiera mi dinero, lo habría aceptado cuando se lo ofrecí.

—Freida, Charlotte, Cedric, ¿no os dais cuenta de que os está engañando?

—Eso es absurdo —exclamó Harold. Tenía los ojos brillantes de furia—. Estas tres almas puras quieren darme dinero por su generosidad de espíritu, pero tú no sabes lo que es eso. Tú eres el fraude —añadió, señalándola con el dedo—. Me hiciste pensar que creías mi mensaje, pero solo lo has hecho para enredarme en tus mentiras.

—Por favor, no lo escuchéis —dijo Jo, mirando a sus amigos.

—Estaré encantado de aceptar vuestra ayuda. Y compraré la casa hoy mismo —insistió Harold—. De ese modo, sabréis que no miento.

—No se puede comprar una casa así, en cinco minutos. Cedric, tú sabes que tengo razón —protestó Jo—. ¿Cuánto tiempo tardaste en arreglar el papeleo para comprar la tuya?

—He hablado con Rick Morales —insistió Harold—. El documento de compra está redactado.

—El señor Morales está de pesca y no lleva móvil —replicó Jo—. Así que no has podido hablar con él.

Case miró por la ventana.

—Voy a entrar —murmuró—. Cinco minutos más y entro en esa casa al galope. Tengo un presentimiento.

—No te preocupes. Funciona perfectamente —sonrió Starina, tan distraída como siempre—. Mira.

Case apartó los ojos de la ventana y miró la máquina, que se movía como una lavadora.

—Ya está lista.

—¿Es normal que haga tanto ruido? —preguntó Case.

—Puede que necesite algún arreglo de poca importancia.

—He hablado con el señor Morales esta mañana… —empezó a decir Harold.

—Eso es mentira.

Harold dio un paso hacia ella, amenazador.

—Eres tú quien miente. Estás decidida a que esta buena gente piense que soy un villano —dijo, intentando contener su furia—. He hablado esta mañana con el señor Morales y está dispuesto a venderme su casa.

—No lo creas, Freida. Va a salir corriendo en cuanto tenga tu dinero. Mira alrededor —dijo Jo, señalando con la mano—. Todas las habitaciones están vacías. No piensa quedarse. Si le das tu dinero, saldrá corriendo.

—¡Mentira! ¡Todo mentira!

—Se ha inventado esta historia en el último momento —insistió Jo—. No sabía lo que había detrás de ese armario. Se enteró de que esta casa estaba conectada con la vieja mina y le pidió herramientas a Starina Simms. No había traído herramientas porque no pensaba buscar ningún refugio.

Harold la miró, furioso.

—Así que has estado haciendo preguntas por ahí. Quizá eres tú

quien no es lo que parece.

—No. Pero yo no quiero robar a nadie —replicó Jo.

Harold miró a Cedric, Freida y Charlotte. Estaban muy asustados, los pobres.

—Habíamos creído en ti, Harold. Por eso veníamos a escucharte.

—¿Y qué decía, Charlotte? ¿Cuál es ese mensaje tan importante y para qué necesita tanto dinero? —preguntó Jo, desesperada—. Además, usar ese túnel es ridículo. El mundo no va a desplomarse y el propietario nunca…

—¡Cállate! —la interrumpió Harold. Sus ojos despedían veneno —. He trabajado mucho en este plan. No sabes lo difícil que es ser amable con gente tan estúpida —dijo entonces, volviéndose hacia Freida, que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Lo hemos pasado bien, pero ahora tengo que irme. No te importará financiar mi viaje, ¿verdad? —preguntó, arrancándole el bolso—. Y esto ayudará también —añadió, quitándole el reloj.

Jo intentó sujetarlo, pero Harold salió corriendo por el pasillo. Ella lo siguió, furiosa, pero cuando llegó a la puerta, él estaba entrando en su coche.

—¡Case! ¡Case, se escapa! —gritó. Harold arrancó el coche y dio marcha atrás, con un chirrido de neumáticos—. ¡Case! —volvió a gritar Jo, desesperada. Harold, mirándola con ojos asesinos, dirigió el coche hacia ella a toda velocidad.

Jo iba a apartarse cuando el suelo empezó a temblar bajo sus pies.

Y entonces, el techo del taller de Starina saltó por los aires.

Capítulo Diez

Jo, sentada en el pavimento, miraba alrededor para intentar averiguar qué había pasado. El coche de Harold estaba a unos metros de ella. Le había caído encima un trozo del tejado, aplastando el capó y destrozando el radiador, que estaba soltando agua. Harold intentaba desembarazarse del air bag mientras procuraba abrir la puerta con la mano libre.

Jo recordó entonces que Case estaba en el taller de Starina.

—¡Case! ¡Oh, no! —exclamó aterrorizada—. ¡Llamad a una ambulancia! —gritó a Freida, Charlotte y Cedric, que salían de la casa en ese momento.

Enferma de pánico, se dio la vuelta y se chocó de frente con Case. En una mano llevaba un extintor y con la otra— sujetaba a Starina por la cintura.

—¡Suéltame, bruto! ¡Estoy perfectamente! —protestaba la mujer.

Cuando vio ajo, Case soltó todo lo que llevaba en las manos.

—¡Qué miedo he pasado! —exclamó ella con lágrimas en los ojos, comprobando si tenía heridas en la cara y en el pecho. Y hubiera comprobado sus piernas también si él no la hubiera tomado en sus brazos.

—Qué ha pasado? —preguntó Case.

¿Había perdido la memoria? Jo lo miró, horrorizada.

—El techo del taller estalló y…

—No me refiero a eso. Me refiero a Purdy.

Jo señaló el coche con una mano temblorosa.

—Robó el dinero de Freida e intentó escapar —dijo ella. Después le explicó a grandes rasgos lo que había pasado—. Pero ¿tú estás bien? Eso es lo más importante.

—Sí. La máquina se incendió y entre los dos intentamos apagar el fuego, pero cuando me di cuenta de que estaba a punto de estallar, saqué a Starina de allí como pude.

—Gracias a Dios —murmuró jo, con las rodillas temblorosas.

Case y jo se acercaron a Starina, que estaba intentando sacar a Harold Purdy del coche.

—¿No sabe que no hay que tocar a un hombre herido? Podría demandarla…

—Inténtelo —lo amenazó Case.

—Solo tiene un chichón en la cabeza —dijo Starina.

En ese momento empezaron a oír sirenas y, unos segundos después, los bomberos y la ambulancia llegaban a su lado. El jefe de bomberos, Julius, miró a Starina con las manos en las caderas.

—Otra vez.

—Prometiste que esto no volvería a pasar —añadió su ayudante.

—Hola, Julius. Hola, Lainey —los saludó Starina, mientras sacaba a Harold del coche yy lo dejaba tumbado en la acera—. Una pena lo de la explosión. Pero ahora sé qué es lo que ha fallado.

Sacudiendo la cabeza, julius la tomó del brazo y la llevó aparte mientras Lainey, olvidando su obligación como ayudante del jefe de bomberos, abrazaba ajo.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Dijiste que querías cambiar de vida, no que pensabas saltar en pedazos —sonrió su amiga.

—Estoy bien, de verdad —dijo jo, mirando a Case—. Los dos estamos bien.

Él la tomó por la cintura y Lainey lo miró, sorprendida.

—Me parece que tienes que contarme muchas cosas —dijo antes de reunirse con los otros bomberos.

Dos coches de policía llegaban en ese momento y en uno de ellos iban Cedric, Freida y Charlotte. La policía se llevó a Harold y Freida recuperó su bolso, con el que golpeó a Harold en la cabeza antes de que lo metieran en el coche.

Después, fueron todos juntos a la comisaría para declarar. Jo se alegraba de que sus amigos hubieran descubierto que Harold Purdy no era más que un charlatán y un embaucador.

—¿Podemos irnos a casa? —preguntó Case.

—Creo que sí. Case, no vas a tener que preocuparte por esa obsesión tuya del vello facial.

—Cómo?

—Se te han quemado las cejas.

Él se llevó la mano a la cara y soltó una carcajada.

—Bueno, siempre puedo ponerme unas falsas.

Sonriendo, jo lo tomó por la cintura y se abrieron paso entre la multitud que se había congregado frente a la casa de Starina. Los enfermeros se empeñaron en hacerles un reconocimiento y tuvieron que pasar por la comisaría para firmar el atestado, pero pudieron volver a casa antes de medianoche.

Hicieron turnos para ducharse y después se dejaron caer en el sofá, agotados.

Jo tomó su mano, aún asombrada de encontrarlo de una pieza.

—Sigo sin entender qué quería Purdy. ¿Por qué hacía esas reuniones sobre el hombre interior? ¿Qué tenía que ver con la estafa?

—Siempre se trata de dinero, Jo.Purdy estaba interesado en el dinero de Freida y sencillamente se hacía pasar por un iluminado.

—Por eso vino a Calamity Falls. Aquí la gente se lo cree todo.

—Freida debió hablarle sobre su preocupación por la sociedad actual y a Purdy se le ocurrió lo de las reuniones sobre el hombre interior y todas esas patrañas. Le había ofrecido dinero antes, pero él, muy listo, lo había rechazado. Sabía que, si lo hacía, el pastel sería más grande.

—Cuánto dinero llevaría en el bolso?

—El comisario me ha dicho que más de cien mil dólares.

—¿En serio? —exclamó Jo, sorprendida.

—En serio. La pobre Freida se decidió a darle el dinero porque tenía celos de ti. Pero entonces tú le estropeaste el plan descubriendo que era un estafador —sonrió Case, atrayéndola hacia sí—. Si no hubiera sido por el tejado de Starina, Harold habría escapado.

—Me preguntó por qué vino precisamente a Calamity Falls.

—Probablemente necesitaba un sitio tranquilo para esconderse.

—El pobre no sabía que aquí todo el mundo termina de cabeza —rio jo—. Pero tendrá tiempo de pensar en la cárcel.

—Bueno, ya está bien de Harold Purdy. En mi opinión, piensas

demasiado en él —sonrió Case, acariciando su espalda.

—El ha sido mi primera historia importante —dijo jo. Y después soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—Piénsalo. Yo estaba siguiéndote…

—¿Y?

—Tú estabas siguiendo a Purdy, que estaba siguiendo a Freida. Y después yo me hice pasar por una fresca medio tonta mientras él estaba usándome para ponerla celosa.

—Ya, es increíble —sonrió Case—. Pero no me hace ninguna gracia que hayas pasado tanto tiempo con él.

Aquel tono celoso la encantaba.

—Purdy era mi objetivo.

—Pues ya es hora de que tu objetivo sea otro —replicó Case, colocándola sobre sus rodillas.

—¿Como qué? —preguntó jo, enredando los brazos alrededor de su cuello. El amor que sentía por él era como una ola que la envolvía.

—Como en un tipo con problemas de vello facial —dijo Case, antes de besarla en los labios.

—Solo en las cejas —sonrió jo, devolviéndole el beso—. Pero me gusta. Te da un aspecto muy… peculiar.

—Pensaré en ello como en una cicatriz ganada en la batalla para conseguir ajo Quillan la historia de su vida —rio él, sobre sus labios.

Jo no tuvo tiempo de protestar porque él empezó a besarla. Un beso largo y tierno que la volvía loca.

—La primera vez que te vi, me pareciste un hombre peligroso.

—Y lo soy.

—Tus besos son peligrosos, desde luego —sonrió ella. Pero no pensaba decirle que lo amaba. Su trabajo en Calamity Falls había terminado y pronto se marcharía. Jo le pasó los dedos por el pelo—. Me hacen olvidar cosas que no debería olvidar.

—Como qué? —preguntó Case, sin dejar de besarla.

—Como que vas a marcharte. Tu trabajo aquí ha terminado y…

Jo tuvo que tragarse un sollozo.

Case sentía como si una mano estuviera apretando su corazón. Algo enlos ojos dejo le decía que ella tenía un secreto. Y eso lo

asustaba. No quería preguntar porque le daba miedo conocer la respuesta.

Ella lo tocaba por dentro, en un sitio que nadie antes había tocado. Pero no podía decírselo porque sabía que iba a perderla. Jo quería un futuro de reportera estrella, viajando de un lado para otro y él no era parte de ese futuro.

—Llevo toda la vida dando vueltas, buscando a alguien como tú y tenía que encontrarlo en Calamity Falls —murmuró. Jo no sabía qué había querido decir, pero sus palabras la hacían muy feliz—. Esta casita tuya tiene un dormitorio, ¿verdad?

—Y una cama. ¿Quieres usarla?

—Sí —contestó Case. El dormitorio no era difícil de encontrar. Las luces estaban apagadas, pero a la luz de la luna, Case pudo ver una cama con cabecero de hierro cubierta con un edredón de plumas de color azul y muchas almohadas—. ¿Quieres abrir la cama, jo?

Le estaba dando la opción de decir que no.

—Quiero abrir la cama —sonrió ella—. Y quiero encender velas, poner música y abrir una botella de vino.

—Muy bien —susurró Case—. Pero más tarde. Te deseo, Jo. Te deseo desde el día que me perseguiste pidiendo una entrevista.

Case la dejó en el suelo y la observó apartar el edredón, deslizando las manos por la tela de una forma que aceleraba su pulso. Era sexy e inocente al mismo tiempo. Cuando terminó de apartar las almohadas, un olor a vainilla llegó hasta su nariz.

—Ya está —murmuró jo. Tenía ganas de llorar. Lo quería tanto, lo deseaba tanto, pero no se atrevía a tocarlo—. Case… Hay una cosa… protección.

—Yo llevo —sonrió él—. Incluso en un sitio tan peculiar como Calamity Falls venden preservativos.

Ella sonrió, alegrándose de que hubiera pensado en todo.

Se quedaron parados, mirándose el uno al otro hasta que Case abrió los brazos y Jo se echó en ellos. Sin dejar de besarla, le quitó el cinturón del albornoz y lo dejó caer al suelo.

—Eres tan preciosa, Jo. Te deseo con toda mi alma.

Ella rio, mientras le desabrochaba la camisa.

—¿No me deseas por mi mente despierta?

—No. Y tampoco te deseo por tus réplicas llenas de sarcasmo —

sonrió Case. Unos segundos después, estaban tumbados sobre la cama, desnudos—. Nunca volveré a oler a vainilla sin pensar en esto —murmuró él, sobre sus labios—. Sin pensar en ti. Seguramente me excitaré cada vez que pase por delante de una pastelería.

Case empezó a acariciar su pecho con los dedos y después con los labios, volviéndola loca.

—Case…

Se tocaron el uno al otro y se dieron placer, rodando por la cama y dando rienda suelta a su deseo. Cuando Case se deslizó dentro de ella, su cuerpo le dio la bienvenida.

Unos minutos después llegaron al clímax, los dos a la vez. Y luego se quedaron abrazados, temblando.

Case la besaba en la cara y en el cuello y Jo se sintió sorprendida al notar que algo se movía dentro de ella.

—¿Case?

El rio suavemente.

—Me parece que. vas a tener que olvidarte de las velas. No vas a poder moverte de esta cama en mucho rato.

—Qué bien —sonrió Jo—. No quería ir a ninguna parte.

Y no fueron a ninguna parte. La noche de amor fue larga y tierna y duró hasta que se quedaron dormidos, poco antes del amanecer.

Cuando Jo despertó, Case la estaba besando.

—Eres insaciable —murmuró—. Gracias a Dios.

—Insaciable o no, tengo que irme.

—¿Tienes que irte? —repitió ella, sentándose sobre la cama. Entonces vio que Case estaba vestido—. ¿Dónde vas?

—A casa —contestó él, tomando su mano—. Tengo que hacer un informe para la hija de Freida.

Se marchaba. Jo tenía un nudo en la garganta.

—¿Y por qué tanta prisa? Creí que te gustaba tomarte las cosas con calma.

—Eso fue antes de conocerte —bromeó Case. Pero tenía los ojos tristes—. Jo, tengo que volver a Phoenix y tú tienes que… cambiar tu vida.

—¿Y tenemos que hacerlo hoy?

—Si no me marcho hoy, seré un estorbo.

—Eso no es…

—Tienes que escribir el artículo sobre Purdy, tienes que publicarlo, tienes que intentar buscar tu sitio en un periódico importante. Tienes objetivos y sueños que no me incluyen a mí.

Case era tan comprensivo, tan dulce, tan razonable… que Jo hubiera deseado darle una patada.

—¿Y tu qué sabes de mis sueños? —exclamó, soltando su mano —. ¿No se te ha ocurrido preguntarme qué quiero hacer en la vida?

—Sé que quieres trabajar en un gran periódico. Al principio, empezarás despacio como todo el mundo, pero después tu carrera será lo único importante para ti. Yo sé lo que es eso.

—Tú no sabes nada —replicó ella.

—Tengo algo para ti —dijo Case entonces, metiendo la mano en el bolsillo.

Jo se quedó sorprendida al ver que Case le ofrecía su cuaderno.

—¿Para qué me lo das?

—Hay muchos datos para tu artículo y a mí ya no me hace falta.

Jo miró el cuaderno y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Case, por favor —susurró—. No hagas esto. No podemos…

Él la tomó en sus brazos entonces y la besó una y otra vez. Por fin, con un gemido ronco, se apartó.

—Tengo que irme, Jo —murmuró—. Que seas feliz.

Case salió de la habitación y Jo tardó unos segundos en saltar de la cama, ponerse el albornoz y correr tras él.

Pero era demasiado tarde. Case estaba al final de la calle.

—¿Quieres que te preste una de mis piedras, cariño? —preguntó la señora Ríos, que estaba barriendo el porche de su casa.

Jo negó con la cabeza y volvió dentro. Case se había marchado. No podía creerlo. Ni siquiera la había escuchado. Ni siquiera había tenido la oportunidad de decirle que estaba enamorada de él… aunque no se lo merecía.

Jo se acercó al teléfono y marcó un número.

—Lainey, me ha vuelto a pasar —dijo, sollozando—. ¡Han vuelto a dejarme! Dos veces en una semana, pero ahora estaba enamorada de verdad.

—¿De Steve? —preguntó su amiga.

—No. De Case Houston —sollozó Jo.

—No tendrás una botella de vino, ¿verdad?

Su casa estaba en el barrio más antiguo de Phoenix y era preciosa.

Parecían estar celebrando una fiesta porque había globos atados a las columnas del porche.

¿Sería su cumpleaños?, se preguntó Jo.

La asombraba pensar que estaba enamorada de él y ni siquiera sabía cuándo era su cumpleaños.

Pero había tardado dos meses en reunir valor para hacer aquel viaje y no pensaba echarse atrás por una fiestecita de nada. Sujetando el bolso bajo el brazo, jo subió los escalones del porche. Había niños gritando dentro de la casa.

Jo pensó entonces que quizá no era el momento adecuado y decidió volver más tarde, pero cuando iba a darse la vuelta una mujer abrió la puerta.

Era morena y tenía los ojos de color verde aceituna.

—Por favor, dígame que ha traído el trampolín.

—¿El trampolín? —repitió Jo, sorprendida.

—¿No lo trae? —suspiró la mujer, decepcionada—. ¿Por qué tienen que llegar tarde precisamente hoy que tenemos la casa llena de niños? —murmuró para sí misma—. Perdone, ¿quería usted algo?

—Estoy buscando a Case Houston, pero si es mal momento…

La mujer sonrió, observándola detenidamente.

—¿Es usted la que le quemó las cejas?

—No. Esa fue Starina Simms —sonrió jo—. Soy Jo Quillan, de Calamity Falls.

—Pues Calamity Falls debe de ser un sitio increíble. Case no es el mismo desde que volvió —sonrió la mujer, estrechando su mano —. Soy su hermana Jessica. Entre, estamos celebrando el cumpleaños de mi hijo Ryan.

—No, yo…

La mujer miró hacia el final de la calle.

—Ahí está el trampolín. Menos mal —dijo, abriendo la puerta de par en par—. Entre, por favor. ¡Case, han venido a verte! ¡Es una

chica muy guapa! —gritó Jessica, bajando los escalones a toda prisa.

Jo decidió entrar. Aquel momento era tan bueno como cualquiera. 0 tan malo. La casa de Case, pintada en colores claros, estaba decorada con muebles de madera y sofás de cuero. Era un lugar muy acogedor.

Lo encontró en el salón, a cuatro patas. Con un niño subido en su espalda.

—Me toca a mí, tío Case —insistía una niña.

—Aún no es tu turno, Samantha. Espera un…

Case vio entonces un par de zapatos de tacón y, cuando deslizó la mirada hacia arriba, se encontró con un vestido de color crema. Y después con la cara dejo.

Una mezcla de alegría y miedo la invadió al ver su gesto de sorpresa. Case dejó al niño en el suelo y se acercó a ella, pero Samantha empezó a tirar de sus pantalones.

—Espera un momento, Samantha. El tío Case tiene que hablar con esta señora.

Jo lo miró y después miró a los niños, que se habían quedado callados.

—Ha llegado el trampolín —murmuró.

Los críos salieron corriendo del salón. Estaban solos.

—Has venido —dijo Case, tomándola por la cintura y aplastando su boca contra la de ella—. Has venido a mí.

—No terminamos nuestra última discusión —dijojo—. No me escuchaste.

—Fui un idiota.

—Sí.

Se miraban el uno al otro como si quisieran comerse y ajo le temblaban las rodillas.

—He leído el artículo. Era estupendo —dijo Case entonces—. Le diste el tono justo para que no pareciera otra de las excentricidades de Calamity Falls. Creo que estás en el camino.

—Solo si el camino lo hago contigo —dijo ella entonces.

—¿Has conseguido que te contrate un buen periódico?

—Sí. Pero lo he rechazado.

—¿Por qué? Creí que eso era lo que querías. —Yo también lo pensaba, pero he cambiado de opinión. Voy a ser escritora —dijo jo

—. Sé que es difícil, pero puedo hacerlo…

—Yo tengo un despacho que podrías usar —la interrumpió Case.

—¿Qué?

—Te quiero, jo —murmuró Case, besándola fervientemente—. Te quiero y quiero que te cases conmigo. Vive aquí, trabaja aquí, haz lo que quieras, pero no me dejes.

—Fuiste tú el que se marchó —rio Jo—. Intenté decirte que mi idea de ser una periodista seria no consistía en ir por todo el mundo buscando historias, sino en usar mi formación y mi experiencia para algo que no fuera contar lo que pasaba en Calamity Falls.

—Fui un idiota, pero pensaba volver allí —dijo Case, abriendo un armario. En el suelo había una mochila—. Iba a volver a Calamity Falls después de la fiesta de cumpleaños —añadió, abrazándola—. Haz lo que quieras con tu vida, jo, pero hazlo conmigo.

Jo se puso de puntillas para besarlo con todo su amor.

—Me casaré contigo, pero tendrá que ser en Calamity Falls.

—¿Por qué?

—Stavros Pappas ha dicho que hará la tarta según le indiquen las estrellas. Cedric y Charlotte se encargarán de las flores… ellos también van a casarse, ¿sabes? Lainey está deseando estrenar un vestido nuevo y…

—Ya entiendo. Tenemos que casarnos allí o se enfadarán.

—Y no queremos que la gente de Calamity Falls se enfade con nosotros —sonrió Jo—. Podría ser un desastre.

—Una calamidad —rio Case, tomándola en sus brazos—. No. Nuestras calamidades se han terminado. ¿Verdad, Jo?

Jo no contestó. Lo que hizo fue poner la mano de Case sobre su vientre.

—Me parece que Calamity Falls no es un buen sitio para comprar preservativos.

Case se quedó en silencio hasta que comprendió a qué se refería.

—¿Lo dices en serio?

—Creo que será mejor que empecemos a aprender cómo colocar un trampolín… papá.

—¡Voy a ser padre! ¡Voy a ser padre! —exclamó Case, dando vueltas con ella por la habitación. Jo lo abrazó, segura de su amor —. Esta es la última sorpresa que tienes para mí, ¿verdad? —

preguntó. Jo sonrió, como si guardara un secreto—. ¿Jo?